

Antoni Gutiérrez-Rubí

La fatiga democrática

Prólogo de Joan Subirats



Antoni Gutiérrez-Rubí

La fatiga democrática

© Antoni Gutiérrez-Rubí
Ilustración: ©Alberto Fernández

ISBN: 978-84-09-35249-4
Depósito legal: B 18389-2021

Impreso en España

Índice

Prólogo

Política como protección, política como conflicto, política como emoción (Joan Subirats)	7
---	---

Introducción	13
-------------------------------	----

2019

La democracia instantánea	15
El Proyecto Ira	20
Elogio de la moderación	23
El tiempo de la turbopolítica	26
Política lenta	30

2020

Emociones y política de la cotidianeidad	34
Coronavirus y ‘reset’ de la política	40
El día después es hoy	46
¿Cuánta dureza puede soportar la democracia?	54

Protestas 2020: la indignación supera a la pandemia . .	58
El dilema melancólico	67
Política y disonancia cognitiva	71
La fatiga democrática	75
La era del desorden	80
Biopolítica contra la desconexión democrática	84

2021

Mejor la esperanza que la utopía	89
2021: La tensión social al límite.	93
Democracia fatigada.	98
Despreciar a tu adversario	101
El hiperliderazgo frente a la pandemia	104
Biopolítica.	113
La sociedad del cansancio.	116
Prejuicios y políticas	119
Política y pereza.	122
Amistades	125
Atención urgente.	128
El poder de la inercia	131
Democracia ausente.	134
Reivindicar la moderación	137
‘Gap’ de percepción.	140
Sistema roto.	143
El poder de la nostalgia	150
El síndrome de la fatiga informativa	153
La desinhibición	156
Palabras poderosas	159

Prólogo

Política como protección, política como conflicto, política como emoción

Joan Subirats

A través de momentos en los que los factores de legitimidad y eficacia, tradicionales bastiones de un sistema político que se precie de sólido, presentan síntomas claros de desfallecimiento. Hay muchos elementos que ayudan a que ello sea así. La coincidencia del gran cambio de época que implica la revolución digital, con la creciente y grave amenaza de la emergencia climática y la presión a que sometemos el conjunto del hábitat que nos rodea, la constatación de fragilidad con la que estamos viviendo la difusión y gestión de la pandemia, pero al mismo tiempo los avances indudables en materia de creación y manipulación genética y vital, son todos ellos componentes que articulan un escenario que va más allá del nivel

de incertidumbre en el que hemos ido transitando (con todas las cautelas que una generalización de este tipo incorpora). Surgen asimismo, como decíamos, dudas razonables sobre las capacidades de los regímenes democráticos para poder hacer frente a ese cúmulo de emergencias. La presión y el desasosiego aumentan, ya que ese conjunto de tensiones no se traslada de manera simétrica y equitativa al conjunto de la población, sino que afecta de manera distinta a diferentes colectivos en un mismo país e impacta también desigualmente en las distintas regiones del mundo.

Estamos acostumbrados a plantearnos preguntas sobre las que no tenemos aún respuestas. Son cosas que sabemos que no sabemos. Lo nuevo es que ahora nos enfrentamos a incógnitas desconocidas, interrogantes todavía no planteados. Cosas que no sabemos que no sabemos. Y en esa situación, muchos de los instrumentos que habíamos construido para reducir la complejidad, mediante modelos en los que escogíamos algunas variables y planteábamos posibles combinaciones, ahora no nos acaban de funcionar. Si a eso le añadimos la falta de adecuación de los procesos de decisión y gestión de muchas instituciones públicas, acostumbradas a trabajar más desde la jerarquía y la distribución de competencias que desde una construcción colectiva del problema, y el necesario, pero muchas

veces ensordecedor, contraste de posiciones ideológicas que la gran pluralidad contemporánea alimenta, el resultado no acaba siendo ni el más cómodo ni el más manejable.

Nos quejamos cada vez más de la falta de certeza y exactitud que muestran muchas de las decisiones que desde muy diversas esferas de decisión se van tomando, cuando, de hecho, a lo máximo que probablemente podemos aspirar es a que se hayan seguido criterios razonables.

No es extraño que, en ese contexto, se redoble la presión sobre la ciencia, tanto buscando respuestas, como, sobre todo, tratando de definir mejor los problemas a los que nos enfrentamos y sobre los que apenas teníamos precedentes. Pero, la ciencia contemporánea es muy consciente de los límites de sus propias capacidades. Las respuestas que recibimos no son unívocas como no lo son las miradas y perspectivas de cada científico, estando todos ellos sometidos a la constante posibilidad de ver rebatidos sus planteamientos y propuestas por posteriores evidencias que logren refutar o poner en duda lo que hasta aquel momento era comúnmente aceptado.

En este libro de Antoni Gutiérrez-Rubí, que recoge sus últimos artículos en distintos medios escritos, se plantean bien estas tendencias antes mencionadas. Por un lado, una

creciente desconfianza y fatiga con relación a una política que aparece como algo ajeno a la propia ciudadanía. Por otro lado, un aumento de la emotividad a la hora de vincularse, relacionarse con la realidad sociopolítica. Y todo ello acaba derivando en una significativa crisis de la democracia y su capacidad adaptativa a la nueva época.

En los textos de Gutiérrez-Rubí se manejan datos, estadísticas, y se relacionan con ideas, tesis de académicos y pensadores. Y así vamos viendo que la vida política en su perspectiva más institucional tiene cada vez más dificultades para relacionarse con los sufrimientos, las dificultades del día a día, la caja negra de las iras y cóleras que atraviesan de manera cada vez más frecuente la existencia cotidiana. Tensiones entre individualidad e integridad personal; tensiones en los ineludibles vínculos sociales; tensiones generadas por una incertidumbre cada vez más radical y profunda. Es en este contexto que la mirada atenta de Gutiérrez-Rubí nos habla de emociones y política, de creciente fatiga democrática, de polarización afectiva, de nostalgia con relación a un pasado visto como ordenado y comprensible.

Aumenta la desconfianza de la gente frente a instituciones revestidas de arrogancia tecnocrática o de populismo simplificador. Crecen las emociones. Las sensaciones de

humillación, de resentimiento, de indignación, de amargura o de rabia. Que necesitan proyectarse y que se encuentran muchas veces en unas instituciones lejanas y en unos políticos percibidos como insensibles. Dianas en las que proyectar y lanzar ansiedades y desconfianzas.

Las sombras que ese conjunto de reflexiones proyecta sobre el devenir democrático son muy importantes. La gente se siente más vulnerable, tiene más miedo con relación al futuro, no acaba de ver cómo colocarse en un contexto crecientemente segmentado fruto de una explosión de diversidad, y no percibe que el mensaje que le llega desde el poder constituido muestre claridad y proyecte una perspectiva creíble y sólida. La situación es preocupante, en el sentido que esa fatiga democrática puede acabar dejando sin salida a quienes, por un lado, muestran una actitud indolente o perezosa frente a quienes no perciben que les atiendan suficientemente en sus preocupaciones, y, por otro lado, no ven que existan alternativas claras al escenario que les rodea.

La política sigue siendo la salida razonable en ese escenario aparentemente bloqueado. Una política que solo puede ser democrática si queremos evitar los autoritarismos de signo distinto, autoritario populista o jerárquico

tecnocrático. La política democrática ha de recuperar capacidad de protección y ha de hacerlo de manera no jerárquica ni patriarcal. Deberíamos ser capaces de recuperar salidas colectivas a las emociones individuales sin posibilidad de conexión. Vivir en igualdad no significa ser homogéneamente iguales, ni excavar sin cesar en lo que nos diferencia. Implica aceptar ese vivir entre semejantes, querer vivir en igualdad reivindicando mi ser distinto y aceptando el de los demás. Una democracia reforzada desde la aceptación de su complejidad y de una incertidumbre que nos ha acompañado siempre como género humano.

Este libro de Antoni Gutiérrez-Rubí, *La fatiga democrática*, creo que presenta una muy buena combinación de diagnósticos sobre los problemas que corroen las democracias contemporáneas. Y, al mismo tiempo, ofrece pistas que reseguir para conseguir revigorizarlas, explorando y reforzando nuevas pautas de emancipación individual y colectiva, que es, en el fondo, el gran objetivo de la democracia como sistema de organización colectiva.

JOAN SUBIRATS

Catedrático de Ciencia Política de la UAB.
Ejerció como Teniente de Alcalde de Cultura,
Educación y Ciencia y Comisionado de Cultura
del Ayuntamiento de Barcelona (2018-2021)

Introducción

Este libro recoge una selección de artículos de opinión, escritos para diferentes medios, en el período que comprende de enero de 2019 (antes de la irrupción de la COVID-19) a agosto de 2021.

En estos artículos, la coyuntura social, económica y política, fuertemente marcada por la pandemia, primero, y los distintos enfoques hacia una etapa de recuperación pospandémica, después, así como el contexto electoral en determinados momentos, van poniendo en evidencia el aumento de la desconfianza en la política y una fatiga democrática creciente, donde vemos cómo la incertidumbre, el desencanto y la desafección con gobiernos e instituciones se dan la mano con el hastío, la crispación, la aceleración y la polarización.

Ante ello, es clave reivindicar una política lenta, atenta y empática, donde la moderación se pueda situar como un valor en alza y donde la ciudadanía vuelva a ser la esencia y el centro de lo público, de la política al servicio de las personas.

«Podemos vencer al virus, pero podemos sucumbir a la infección antidemocrática si no entendemos bien a lo que nos enfrentamos: un virus peligroso y, también, una fatiga contagiosa. Ambas afectan a la salud: la pública y la democrática. Son inseparables».

La democracia instantánea

Parece que Google nos ha acompañado siempre, pero solo tiene 20 años. Google sirve como metáfora antropológica de este corto pero acelerado período. Se han cambiado las ecuaciones de manera radical. Hemos dejado de recordar para buscar, hemos dejado de pensar para buscar, y estamos casi dejando de decidir para estar en la búsqueda permanente. La relación entre el bien abundante (la información) y el bien escaso (el tiempo para procesarla) está provocando que las reacciones desplacen a las reflexiones en nuestros procesos cognitivos. La maduración y la decantación de las decisiones sucumben a la inmediatez y a lo instantáneo. El gran cambio: la reputación se enfrenta al ‘ranking’ digital como el gran ordenador del mérito o el conocimiento.

Si pusiéramos en una caja toda la información que te-

nía la humanidad hace 10 años, esa cantidad de datos es la que hoy produce diariamente. Nada, en la historia humana, ha sido nunca tan transformador (disruptivo, le llamamos), y eso nos afecta en la vida cotidiana, y en la política, y genera nuevos retos para la democracia. Esos son algunos de ellos:

1. Enorme aceleración de la transición entre pensar, decir y hacer. Antes teníamos tiempo entre cada uno de estos verbos. Ahora no. Todo sucede al momento. Y cualquier persona, o la suma de ellas, tiene el poder de cambiar la agenda pública. A finales de los años noventa, con la CNN, hablábamos de su lema «Está pasando, lo estamos viendo». En la actualidad, cambiamos a «está pasando, lo estás diciendo, tuiteando». No hay espacio de transición.

2. Pérdida de relaciones causales y aumento de relaciones secuenciales. Una relación causal es que algo pasa por algo. Hay una causa y una consecuencia. La relación secuencial es un cambio. Todo va rápido. Se sustituye la pregunta por las respuestas. Lo que vemos en el ‘timeline’ va eliminando, sustituyendo, diluyendo lo anterior. Perdemos la referencia causal. Y eso es un problema para la acción política. También ocurre con las noti-

cias, cuando los medios sacan primero el titular y luego ya buscan y añaden más información. Lo importante pasa a ser la rapidez.

3. La linealidad, ordinalidad y jerarquía sucumben a la lectura espasmódica, la ruptura de la continuidad izquierda/derecha y arriba/abajo, así como la relevancia queda reducida a un estímulo visual, no a una idea que emerge entre la maleza. El ‘clickbait’ (que podemos traducir literalmente como «cebo de clics») pretende, a través de un titular con gancho, que el usuario haga clic en el artículo para generar una nueva visita. El negocio ya no es la información, es la atención. Esta nueva manera de pensar (que hace de lo efímero, del salto permanente, de la inmediatez el nutriente de la conciencia) nos vuelve más caprichosos, impacientes y pueriles. Y manipulables como acredita el informe *Media Manipulation and Disinformation Online* de Data & Society.

4. La democracia de los cuatro años sucumbe a la demanda de los cuatro segundos. Hoy, los grandes lentos pueden perder contra los pequeños rápidos (según una frase de Nikesh Arora, ex ejecutivo de Google). Hasta hace poco, ejercía el poder quien tenía recursos y fortaleza. Tamaño y posición. Eso está superado por la emergencia

de los pequeños rápidos. El poder se está transformando de manera extraordinaria; hoy en día también los micro-poderes pueden ganar, como afirma Moisés Naím. Ser rápido es más importante que ser fuerte. Y es más importante ser rápido y ágil que ser grande.

5. Lo táctico se impone sobre cualquier otra disciplina. Deberíamos pensar a medio y largo plazo para no cometer errores. En cambio, la democracia instantánea nos lleva al imperio de lo táctico. Hay una clara dependencia de la inmediatez. Líderes que ya no se reúnen, sino que hablan —y gobiernan— por WhatsApp. No hay capacidad de reflexión, la estamos perdiendo, la pierden los líderes. Y todo ello tiene como consecuencia una mayor debilidad de la política.

Cuatro segundos es el tiempo de nuestra paciencia cognitiva para seguir leyendo un artículo de un sitio web, por ejemplo. Pero no es solo el tiempo que invertimos en lo que leemos, sino en la mayoría de las acciones que tomamos, cada vez más. También en el voto. En una época de tanta información disponible, ¿para qué decidir ya mi voto? Protejo mi decisión, la hago más íntima, más personal, hasta el último minuto. Aumenta así la fragilidad del mal llamado voto cautivo.

La economía de la atención está transformando también la democracia en una política de la atención. Pero no la que pudiera atender los problemas, sino la que se acelera para, precisamente, abordarlos de manera táctica, superficial, rápida y epidérmica. La tiranía de los cinco segundos es ya un serio peligro para una política profunda, responsable y sustentable.

Publicado en El Periódico, 13 de enero de 2019

El Proyecto Ira

En julio de 2016, Timothy Garton Ash, catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford, donde dirige el proyecto www.freespeechdebate.com, escribía un elocuente artículo titulado *Trump desgarró EE. UU.* En su texto, escrito meses antes de las elecciones que llevaron a la victoria a Donald Trump, nos advertía de que «la estrategia de Trump no es el proyecto miedo, sino más bien el proyecto ira». Un proyecto centrado en la descalificación total, *ad hominem*, por ser quien era Hillary Clinton, y no por lo que dijera o hiciera. En este proceso de destrucción visceral del adversario, el insulto jugaba un papel muy importante: era violencia verbal en sublimación de la violencia oculta, contenida, insaciable. Insultar era disparar.

La ira, como todas las pasiones, es eficaz para movilizar, pero no para razonar. La ira no sirve a la política democrática.

tica porque no concibe la alternancia, solo la destrucción del rival. Scott Atran investiga la sacralización de valores en el CNRS de París a través de la neurociencia: «Observamos cómo la sacralización de valores inhibe el razonamiento deliberativo en favor de respuestas inmediatas y reflejas». Y lo afirma con pruebas: «La neuroimagen nos muestra que el circuito de la felicidad en el cerebro es el mismo que el de la venganza. Eso explica por qué es tan difícil disuadir a quien quiere una revancha».

La apuesta por el insulto y la ira en política es, además de ética y moralmente cuestionable, un camino sin retorno. Empiezas por negar la verdad y acabas negando a tu adversario, no ya tan solo sus razones, sino sus derechos. La ira te arrastra al lodo, a la ciénaga, y alimenta la revancha, no la alternativa política. Deslizarse por las pasiones viscerales es alimentar una hidra que acabará devorándote. ¡Insulta y libera tu rabia y tu ira interior!, promueven los revanchistas de la política.

El insulto es, también, un síntoma de cobardía. Es tan cobarde como *barato*. No tiene casi nunca costes reales (solo éticos o estéticos) y cohesiona a las tropas enardecidas canalizando su agresividad hacia la ofensa o la humillación del rival, reducido ya a solo un enemigo a destruir.

La agitación emocional del insulto convierte a la masa en turba. La turba no quiere justicia, aunque la exija vociferante. Quiere venganza, que es otra cosa.

La política iracunda contagia. Polariza con tal agresividad que disuade a los sensatos, inhibe a los tolerantes, intimida a los moderados y embarra el campo de juego democrático contaminando a los rivales de odio y beligerancia. Decía Thomas Jefferson que «cuando estés irritado, cuenta hasta diez antes de hablar; si estás airado, cuenta hasta cien». Por lo visto y escuchado recientemente, hay quien ha decidido liberar su frustración en forma de veneno verbal. Grave error: la ira devora a sus promotores.

Publicado en La Vanguardia, 11 de febrero de 2019

Elogio de la moderación

¿La moderación es un activo político? Sí, indiscutiblemente. Pero en esta campaña comprobaremos si también es un activo electoral con capacidad competitiva. En esta campaña, Pedro Sánchez está apareciendo como el genuino representante de la moderación política, el «sheriff de la moderación», en palabras de Sergi Pàmies, que, como el sheriff Will Kane de *Solo ante el peligro*, ha de enfrentarse a cuerpo descubierto a todos sus enemigos electorales.

No se trata tanto de que los socialistas se hayan convertido en moderados ideológicamente (es decir, conservadores), ni que estén llevando a cabo una acción política moderada, sino de que han adoptado —por convicción o por cálculo— un estilo moderado que contrasta con la intemperancia y la crispación de prácticamente la mayoría de

sus competidores electorales. La moderación que vemos parece ser más profunda que el simple talante ensayado por José Luis Rodríguez Zapatero.

Es muy llamativo que el Partido Popular aparezca tan alejado de sus raíces conservadoras liberales para competir a voz en grito con un nuevo partido que representa el tradicionalismo reaccionario. Más extraño aún es que Ciudadanos, un partido de vocación liberal, centrista y moderada, participe también de esta «dislocación reaccionaria» de la derecha española, como ha señalado José María Lassalle, que abandona así la centralidad y la moderación.

Ante este giro reaccionario de la derecha y ante el desafío radical del independentismo, el socialismo español tiene la oportunidad de ocupar un amplio espacio político central que represente el anhelo de concordia de una gran mayoría de los españoles. Las formas en política son fondo. Y Sánchez está explorando la centralidad a través de la moderación formal, la contención verbal y la serenidad de abanderar el sentido común. Así, la moderación es la nueva radicalidad frente al populismo.

No es tan sólo una cuestión de estrategia política, sino que puede ser también la ocasión de conectar con la intermitente, pero fructífera, tradición moderada de la política

española contemporánea. La que durante el siglo xix buscó mediar entre el antiguo y el nuevo régimen, de Jaume Balmes a Antonio Cánovas del Castillo; la que en el siglo xx se empeñó en dar vida a una Tercera España que, después de muchos fracasos, hizo posible la Transición democrática, como ha explicado Santos Juliá en su libro *Transición*. Sánchez está ensayando un proyecto nacional —de mayorías amplias y transversales— sin ser nacionalista, ni de derechas. Puede ganar las elecciones desafiando la idea de España a los guardianes existencialistas. Esto es, a mi juicio, más relevante que el uso instrumental de la moderación como estrategia electoral.

El socialismo democrático tiene asimismo referentes incontestables de la virtud de la moderación, como Norberto Bobbio que dedicó uno de sus últimos libros al elogio de la templanza, entendida como lo contrario de la arrogancia, la prepotencia, la perversidad, la vanidad y el abuso de poder. En estos tiempos duros del populismo de los arrogantes, la moderación y la templanza pueden ser la mejor arma para resistirlos y derrotarlos. La moderación es, hoy, la más progresista de las actitudes: la que cree en la razón ponderada como nervio de la política.

El tiempo de la turbopolítica

El tráfico de datos móviles en España se multiplicará por seis. En concreto hasta 6,3 exabytes (un exabyte = mil millones de gigabytes). Será entre 2017 y 2022, según el Informe Cisco Visual Networking Index (VNI), que también estima que en 2022 habrá 41 millones de usuarios móviles, el 88% de la población, y 103 millones de dispositivos y conexiones de Internet de las Cosas (IoT) móviles. El informe también detalla unas cifras mareantes a escala mundial. En la edición del Mobile World Congress de este año confirmamos el dato de que dos tercios de la humanidad ya usan un móvil y que mil millones de nuevos usuarios se han unido en los últimos cinco años. El número de líneas móviles supera por primera vez a la población mundial.

Se acortan los tiempos entre pensar, decir y hacer. La relación causal se desvanece frente a las relaciones simple-

mente concurrentes. La confusión nos está obcecando. Paradójicamente, en tiempos de abundancia (de información), la escasez (de reflexión) aumenta. Todo sucede en tiempo real. Cinco segundos es nuestro límite de paciencia cognitiva. La vida (y la política) en cinco segundos. Sin paciencia no habrá consciencia, ni conciencia.

Mi amigo Francesc-Marc Álvaro, en un interesante artículo, *Democracia acelerada y periodismo bajo sospecha* (2013) ya alertaba: «Los medios se han acelerado de manera extraordinaria mientras la política sigue unida a procesos de ritmo mucho más lento y reposado, lo cual choca con las expectativas ciudadanas de respuesta automática, alimentadas de manera inercial por el discurso periodístico que —como sabemos— sustituye el presente por la actualidad». Finalmente, el tiempo mediático (y en especial el digital) ha acabado ganado la batalla: la política urgente y contingente lo fagocita todo.

David Konzevik (economista argentino y autor de la teoría de la revolución de las expectativas) afirma que «las expectativas van por el elevador y el nivel de vida por la escalera» y esa incongruencia tiene profundas implicaciones políticas. La aceleración de nuestras vidas, a través de la pantallización, alimenta el deseo y la necesidad perma-

nentemente, mientras la vida real es lenta. La no obtención «inmediata» provoca frustración, ansiedad y un estado permanente de agitación personal. Hemos dejado de atribuirle al tiempo el valor garante de la calidad o la relevancia. Si tarda, no vale. Triste época. En el libro *Pensar rápido, pensar despacio* de Daniel Kahneman descubrimos que la aceleración permanente inhibe la vinculación entre hecho, causa y consecuencia.

La aceleración de nuestro entorno relacional y cognitivo, así como la conectividad como elemento central en la construcción de valor (para las personas, las organizaciones y las ideas), provoca algunas disfunciones en la política democrática. Estas podrían ser las más significativas:

1. Importante / Urgente

La acción política orientada a las audiencias, permanentemente, conlleva una política de la contingencia que altera el carácter estratégico de la política. Reducir lo importante a lo urgente alimenta el tacticismo pueril que desvanece lo relevante, sustituyéndolo por lo inmediato.

2. Conocimiento / Atención

La agitación acelerada exige competir por la atención de los electores. Esta pugna constante por la atención jerarquiza la propuesta y el contenido político a la hegemonía del efectismo superficial en toda la cadena relacional. La lucha por la atención destroza la política basada en argumentos y conocimientos.

3. Reflexión / Acción

Como consecuencia de la urgencia y de la atención extremas, la respuesta como objetivo único acaba devorando las preguntas necesarias, la acción desplaza a la reflexión imprescindible. La política queda sometida a una frenética actividad que la aleja del carácter reflexivo que toda decisión merece, y más cuando se trata del interés general.

Tomando prestadas las palabras del filósofo Daniel Innerarity, «a medida que crece la aceleración de la historia, el análisis objetivo de las situaciones tiende a ser sustituido por la futurología. La imaginación ocupa una buena parte del espacio que era propio de la observación».

Política lenta

En política, la rapidez es un activo; pero la simple aceleración puede ser un grave problema. Nuestra cultura política corre el riesgo de quedar prisionera de la confusión: reaccionar ante un problema o un reto no es lo mismo que responder. La política debe ofrecer respuestas de fondo, no actuar bajo la agitación de una dermatitis. Hay que volver a gestionar lo público con mayor capacidad de análisis y reflexión. Desacelerar es la garantía, creo, de recuperar el sentido profundo y transformador de la política democrática. Estas podrían ser algunas de las claves del elogio de la lentitud en la política.

La ponderación. La política reposada permite la evaluación racional de las alternativas y sus consecuencias. «Los líderes prudentes se obligan a prestar la misma atención a los defensores y los detractores de la línea de acción

que están planeando», afirma el político y pensador Michael Ignatieff. La política necesita ponderación equilibrada. El interés general solo puede defenderse desde el análisis de oportunidades y variables y la valoración de cuáles de ellas garantizan el bien común. Y eso necesita tiempo, método y disciplina. El filósofo alemán Peter Sloterdijk, en una reciente entrevista define muy bien esta necesidad: «Sin una cierta distancia, sin una cierta desimplicación, la actitud teórica es imposible. La vida actual no invita a pensar». Y cuando la política no piensa es imprevisible, arbitraria y espasmódica. Justo lo contrario de lo que se necesita.

La decantación. La política serena deja reposar las opciones para verlas con la perspectiva y distancia que, muchas veces, se necesita para abordar la complejidad. Además, la decantación no es pasividad, es espera paciente y activa, que es otra cosa. Necesitamos líderes que sepan esperar, que su paciencia no sea acusada de renuncia o inacción y que no actúen acomplejados o asustados por su imagen pública. El interés general exige cautela, moderación y tranquilidad. Decantar es, a veces, mejor solución que precipitar una decisión por falta de templanza política y personal.

La maduración. La política sensata piensa sin prisa. Necesitamos una cultura política que se aleje del cortoplacismo, tan efímero como irrelevante. Los retos a los que nos enfrentamos demandan una gestión política capaz de madurar las soluciones para hacerlas estables, duraderas, profundas y sostenibles. Este enfoque es imprescindible cuando, precisamente, nos queda muy poco tiempo para reaccionar adecuadamente a retos globales y locales que necesitan respuestas de fondo y a fondo. Cuando no hay margen, la política del bien común debe apostar por madurez y la templanza de las soluciones profundas, como reivindicaba Norberto Bobbio en su ensayo *Elogio de la templanza*. La prisa genera parches. La sensatez, soluciones.

La pedagogía. La política transformadora necesita pedagogía. Las respuestas políticas de fondo necesitan complicidades y comprensiones que la agitación no permite abordar. Necesitamos tiempo para poder explicar bien las razones, los argumentos y las propuestas y que estas puedan ser comprendidas en su totalidad y profundidad. Dar-nos el tiempo necesario para generar alianzas públicas por el interés general es imprescindible para sumar esfuerzos. Sin tiempo, no hay pedagogía. Y sin esta, hay populismo puro y duro. Rafael Campalans lo sintetizó: «Política quie-

re decir pedagogía». Presentar lo complejo como simple aboca a ofrecer lo fácil como solución. Tan fácil como ineficaz o temerario.

La garantía. El respeto a los tiempos en la gestión de lo público puede y debe ser una garantía de la calidad de la misma. Los plazos, por ejemplo, son a la vez procedimiento y garantía. No es posible la calidad en la política democrática ni en la gestión de lo público si ambas son sometidas a la aceleración y la agitación. Necesitamos una política lenta para que sea relevante, exigente y garantista. Tener prisa, en política, es el camino más directo hacia la arbitrariedad y la instrumentalización de lo público al servicio de las urgencias partidarias o personalistas.

Hace 10 años, Carl Honoré escribió el imprescindible libro *Elogio de la lentitud*. «Viajamos constantemente por el carril rápido, cargados de emociones, de adrenalina, de estímulos, y eso hace que no tengamos nunca el tiempo y la tranquilidad que necesitamos para reflexionar y preguntarnos qué es lo realmente importante». En la vida es recomendable, en la política es imprescindible.

Emociones y política de la cotidianidad

«El corazón tiene razones que la razón ignora».

Blaise Pascal

Entender la irrupción de las emociones en la política y en la opinión pública, comprender las atmósferas colectivas y los climas sociales va a ser más relevante, creo, que medir las opiniones, tan líquidas e inciertas. Las personas pensamos lo que sentimos. Interpretar el *feeling* social es la primera piedra del edificio de la política democrática y esta debe rearmarse con mayores fundamentos de psicología social y neurociencia.

Las emociones, positivas y negativas, pueden provocar resultados imprevisibles. El pesimismo es tan contagioso como el optimismo. El miedo moviliza tanto como la ale-

gría. Los estados de ánimo son hoy los auténticos estados de opinión. Las emociones pueden ser una oportunidad para la reconexión de la política con la ciudadanía y para su revitalización. Al menos para intentarlo. Sabemos, también, que las emociones nos movilizan y nos invitan a la acción, como desde hace tiempo hemos confirmado con los estudios sobre el comportamiento y la teoría del *pequeño empujón* del que hablan Richard H. Thaler y Cass R. Sunstein en su libro del mismo título.

La desafección y el descrédito de la política crecen en todo el mundo y ello está teniendo consecuencias para la democracia, que se muestra frágil, y sus instituciones, cada vez más cuestionadas. La pregunta es recurrente, la inquietud extendida: ¿las actuales propuestas políticas, nuestra arquitectura institucional y los vigentes modelos de partido puede ser organizaciones eficientes en las *sociedades nerviosas* de hoy?

Las sociedades nerviosas

Hace pocos meses, se ha publicado un libro muy relevante: *Estados nerviosos: cómo las emociones se han adueñado de la sociedad*, un ensayo del sociólogo William Davis, profesor de Economía Política en la Universidad de Lon-

dres. El autor del libro explica cómo el debate público se ha contaminado de pánico, excitación y urgencia. La obra nos plantea los desafíos a los que se enfrenta la democracia liberal en los próximos años y la pérdida de la centralidad de los datos y los hechos en la toma de decisiones política: «Si deseamos tener hechos objetivos, debemos reconocer el problema que supone vivir en este mundo de sensaciones inmediatas en tiempo real. No es que circulen mentiras. Siempre las ha habido. La cuestión reside en el modo en que los nuevos medios y la tecnología han cambiado el paisaje de la realidad». El debate está más abierto que nunca. No podemos —ni debemos— renunciar al mismo.

Hay una oportunidad

La política de proximidad, que apela al individuo, al ciudadano, se sitúa, más que nunca, en el epicentro de esta oportunidad regeneradora y transformadora. Este nuevo contexto se caracteriza por la fuerza y el papel que juegan los sentimientos, las emociones, las relaciones, las comunidades y los valores. No se puede representar lo que no se entiende y, mucho menos, gobernar a la sociedad que no se comprende. ¿Y si fuera la política de la cotidianidad una aproximación más transformadora que la ideológica?

La actitud que desprecia, que considera que el mundo emocional, en el fondo, es el submundo, un mundo menor y que, en todo caso, altera y distorsiona la política, se fundamenta en un prejuicio ignorante. El cerebro funciona de otra manera. El cerebro *acaba pensando* lo que sentimos. Las propias afinidades ideológicas de los ciudadanos tienen más que ver con el cerebro emocional que con la razón.

Las intuiciones, así, son los atajos de las reflexiones. ¿Cómo decidimos? Cada día más emocionalmente. La razón se escribe con (co)razón. La sociedad perezosa es artificialmente amorosa. La política del *like* desplaza a la ideología. Nuevas emociones, nuevas decisiones.

Las personas preferimos escuchar lo que creemos, leer lo que nos afirma, opinar lo que nos identifica. Sabemos todas estas cosas desde la neurociencia, pero todavía las ignoramos para la acción política transformadora. Debemos convertir el conocimiento de la psicología, de la neurociencia y de las emociones, que rigen y explican el comportamiento de nuestros ciudadanos, en un estímulo para repensar la oferta política democrática, con nuevos ingredientes para no renunciar a nuestras convicciones políticas e ideales morales.

Conocer mejor el cerebro

Debemos conocer más y mejor el cerebro de hombres y mujeres, superando algunos prejuicios a los avances de la ciencia. También descubrir *el segundo cerebro*, que es nuestro vientre, con tantas neuronas —más de 200 millones— como las que tiene un perro, por ejemplo. La ignorancia y el desprecio respecto a cómo funcionan nuestros cerebros —y su identidad emocional— es uno de los grandes desafíos para la política democrática.

Wendy Suzuki, profesora de Psicología y Neurociencia en el Center for Neural Science de la Universidad de Nueva York, autora del libro *Cerebro activo, vida feliz* explica los mecanismos neuronales beneficiados, por ejemplo, por el ejercicio físico (que estimula de manera directa los neurotransmisores positivos: serotonina, dopamina, noradrenalina y endorfinas) y los consejos emocionales para mantener un cerebro saludable. Quizá por aquí podríamos aprender a resolver de otra manera algunos retos de fondo de nuestras sociedades sedentarias y con problemas de sobrepeso, estrés y ansiedad, entre otros, que tantas repercusiones tienen en la salud o los recursos públicos. ¿No es la felicidad el objetivo último del interés general y el bien común?

La política democrática puede quedar atrapada entre la pereza (resignación) y el cinismo tecnocrático de la con-

cepción *There is no alternative* —TINA— (en español: *No hay alternativa*). Hemos dejado de pensar alternativas (también de sentir las) y hemos olvidado que la única posibilidad real de conseguir una renovada comunicación política efectiva es la conexión emocional. Hasta que no se conecta, uno no se pone en la piel de las otras personas.

Las emociones nos permiten los sueños y, también, nos pueden deparar pesadillas. Estamos en un momento altamente voluble e incierto. Entender las emociones profundas, comprender los miedos, atender las sensibilidades. No hay otro camino si se quiere que la política democrática pueda canalizar los humores sociales en objetivos políticos. La política debe ser la emoción de la esperanza necesaria y urgente. Y las emociones hay que gestionarlas. Parte de la vocación, del servicio, de la política democrática es saber gestionar esas emociones; canalizar esos humores, esos sentimientos, esas emociones... en objetivos políticos plausibles, progresivos, graduables, donde la moderación contribuya a lograrlos a medio-largo plazo, ya que no todo puede tenerse de manera inmediata, evitando que el todo, ahora y aquí sea el único mantra que defina la acción política transformadora que realmente necesitamos.

Coronavirus y ‘reset’ de la política

«La verdad se robustece con la investigación y la dilación; la falsedad, con el apresuramiento y la incertidumbre». Tácito

Nadie estaba preparado. Y esta es la primera tragedia de esta pandemia. La política ha fracasado en su capacidad preventiva, anticipatoria, protectora. Es cierto que la crisis provocada por la COVID-19 es una crisis sin precedentes en nuestro pasado reciente, pero sí ha habido crisis que podrían parecer similares, como la del SARS o la del Ébola.

Una de las primeras medidas para poder afrontar una crisis es identificarla a tiempo. Esto permite a un líder político y a un gobierno, entender de qué se trata lo que

viene y definir el escenario para poder alertar a la sociedad, generar comunicación de prevención de riesgo, de manera anticipada, y comenzar a trabajar en los cambios de conducta sociales y políticos necesarios. En términos médicos, comenzar a inmunizarnos.

En el caso puntual de la COVID-19 no se trataba, y no se trata, de una crisis más, sino de una crisis que involucra a la sociedad en su conjunto porque la obliga a salir de sus zonas de confort y a adoptar nuevas formas de trabajo, de estudio y de relación. Pone en jaque al sistema sanitario y desata una crisis económica sin precedentes. Y, probablemente, una crisis social en regiones como América Latina (¿qué pasará en África?) y pudiera derivar en una crisis de orden público y seguridad adicionalmente.

A principios de febrero poco se sabía sobre cómo iban a suceder los hechos, pero es en la etapa de riesgo latente, previa a la crisis, cuando el Gobierno tiene la responsabilidad de la mitigación y la prevención. Es cuando se comienzan a definir las futuras responsabilidades de la crisis y se pone en juego el liderazgo. Después de entender y atender el riesgo, llega el momento de encontrarnos y gestionar cara a cara esta crisis. Para liderarla habrá que decidir, hacer, decir y sentir. Generar confianza y certidumbre

a través de la palabra y la información. Sin grandes giros retóricos, las palabras justas, claras y al alcance de todos para que sean entendidas. Generar autoridad a través de las medidas necesarias. Ser líder en tiempos de crisis, además, implica ser empático con la situación que le toca vivir a la sociedad, entender de sentimientos y emociones de las personas, y poder transmitir así los mensajes más adecuados en cada momento. La cercanía se agradece, y reconforta. No hace falta tener todas las respuestas para generar certezas.

A veces, la única certeza es la incertidumbre de cómo se va a desarrollar la crisis, pero liderar es tener y transmitir la convicción de que todo lo que sea necesario, prioritario, se llevará a cabo. Si es necesario, se tomarán medidas duras, y cuanto más duras sean las medidas más amables y empáticos deben ser los mensajes. En tiempos de crisis, los equipos técnicos tienen un rol muy importante, pero la presencia de la máxima autoridad política es indisociable de la certeza de quién lleva el timón.

De la invulnerabilidad a la fragilidad. El efecto narcótico de la potencia tecnológica creó un espejismo de invencibilidad. La arrogancia tecnocrática nos embriagó de seguridades. Nuestro talón de Aquiles no es solo el virus: es la falta de previsión ante los riesgos, la falta de control

de sus efectos, y la falta de coordinación de los recursos. Tanto hablar de viral y no supimos entender los virus.

Con la llegada de marzo, el riesgo latente era ya una realidad. No solo sanitaria, sino que se empezaban a percibir los primeros problemas económicos que la crisis sanitaria en China iba a tener sobre la economía del mundo. Había llegado la COVID-19 a España. El 9 de marzo fue un punto de quiebre para la llegada de la crisis sanitaria a la agenda mediática, debido al aumento de contagios, el incremento en el número de fallecidos y las polémicas generadas por el desarrollo de eventos con concentraciones públicas y masivas.

Todo lo que no se hace durante los momentos de riesgo iniciales en prevención, mitigación y concienciación impacta negativamente en la percepción del modelo de liderazgo que se ejerce. La falta de acción, de reacción, los espacios que no se ocupan desde lo político no quedan vacantes. El liderazgo es competencia de todos los líderes políticos, sin excepción del nivel ejecutivo que ocupen. Desde el hacer y la acción es donde se generan las oportunidades en una crisis.

Esta crisis desvelará, con toda su crudeza, la diferencia entre liderazgo y poder. Líderes sin poder. Poderes sin li-

derazgo. Vamos a necesitar faros inspiradores que sean capaces de ejercer su autoridad, no solo por la fuerza de sus competencias. Dirigir es iluminar, orientar y dar sentido. El confinamiento global pone a debate los atributos de distancia y proximidad física y digital. Cerca y lejos no es solo un concepto físico. Esta crisis crea nuevos marcos mentales. Las palabras importan. Y los atributos cambian. La política se quedó dando tumbos entre la responsabilidad de la respuesta y la incapacidad para hacerse todas las preguntas.

El confinamiento global pone a debate los atributos de tiempo, espacio y movilidad. La concepción —y experiencias— de estas dimensiones son diversas según la renta, la edad, la geografía, la tecnología y la cultura. *#LoQueViene* no es un «continuará», es un «reset» total. La política no será igual, porque el mundo no lo será.

Todavía con los ecos de la incapacidad para domar el caballo financiero desbocado del 2008, la política (líderes, partidos, instituciones o sistemas) se enfrenta a un gran desafío de comprensión. Medir emociones será más relevante que medir solo opiniones. Estudiar los comportamientos dará más información. Analizar las relaciones y las reacciones asociadas será más estratégico. Vamos a ne-

cesitar otra demoscopia, otra mirada, otra lectura de la sociedad nerviosa.

Entender de psicología social y de neurociencia será competencia clave para un mundo agitado. Hiperconectados con el mundo, pero desconectados de nosotros mismos. Sobreexpuestos a la información, pero con atención limitada, frágil, espasmódica. Oferta abundante de datos, pero con creciente atonía vital. De la distopía tecnológica a la posible distonía cívica y personal

Si no supimos anticipar lo que venía, quizás podríamos no entender lo que sigue. *Reset*.

Publicado en revista Ethic, 2 de marzo de 2020

El día después es hoy

Algo me inquieta. Después de haber fracasado, colectivamente, para prever y prevenir esta trágica pandemia, nuestra capacidad para anticipar cómo será el día después parece abrumadora. El alud de profetas y adivinos nos aturde en tiempos de paciencia cognitiva limitada. No supimos anticipar el ayer, estamos naufragando en el hoy y nos aventuramos con el mañana sin pudor, ni la prudencia debida.

Pero de entre toda la cacofonía predictiva, hemos vuelto la mirada a los filósofos, a los sociólogos y a los antropólogos. Nunca debimos olvidarnos ni ignorarlos. Intuimos que lo que viene, a pesar de sus profundos cambios sociales y económicos, podemos aproximarnos mejor a comprenderlo desde la filosofía que desde la economía. Desde el espíritu. Desde lo intangible. Empezamos a inte-

rriorizar que el día después será *otro día*; más que uno consecutivo. Que el día después será diferente a los anteriores.

No sabemos con seguridad cómo será, pero quizá sí podemos saber (o decidir) cómo queremos llegar, con qué valores, conceptos, actitudes y conocimientos. Cómo prepararnos para ese día. Aquí unas ideas para este viaje, un itinerario de tránsito, de transformación, de un mundo que dejaremos para ir hacia otro que desconocemos. Un viaje iniciático.

1. Nuevas atribuciones del tiempo: Lo urgente, lo necesario, lo importante. El latido social y profesional está asociado a la inmediatez de las noticias y su agitada ampliación digital. Estamos acumulando impactos, no reflexiones o ideas. Vamos a necesitar concentración, orden y método. Este confinamiento nos interpela. De repente, descubrimos que lo que era nuestra normalidad era pura inercia inconsciente o dependiente. Vivíamos sin ser dueños de nuestro tiempo, sometiendo nuestras decisiones a los impulsos y estímulos ajenos y del exterior. Nos movíamos, sí, pero estábamos más prisioneros del tiempo que ahora que estamos confinados. Era una falsa libertad asociada a una movilidad casi sin limitaciones. Habíamos perdido el sentido de la proporcionalidad, de la relevancia,

de lo trascendente. Atrapados por la inmediatez concurrente, descuidamos los atributos de lo urgente, lo necesario, lo importante.

2. Descubrir la frugalidad. Podemos vivir con menos, con mucho menos. Los excesos de consumo (desde las calorías a las informaciones, pasando por las posesiones materiales) nos han provocado, también, un colesterol mental. Reducir los excesos, volver a la frugalidad y la contención es la única manera de hacer sostenible la vida y el planeta. Estamos experimentando que menos puede ser mucho más. Esta actitud menos compulsiva y acumulativa nos ofrece una apertura mental hacia lo nuevo, con mejores actitudes físicas y espirituales.

3. Practicar el silencio. Estamos redescubriendo nuestro sentido del oído. El ensordecedor ruido ambiental ha dejado paso a otros sonidos, de nuevas frecuencias que antes eran imperceptibles en nuestro mundo de decibelios, audífonos y auriculares. Escuchamos mejor nuestro interior, nuestro cuerpo. Escuchamos mejor nuestro entorno inmediato. Escuchamos la naturaleza que estaba ahí, amordazada por el ruido urbano. El silencio, y su capacidad reparadora, vuelve a habitar nuestro entorno. Hay una enorme oportunidad para reconectarnos desde la concentración, la introspección y la reflexión.

4. Sentido de vulnerabilidad. Las consecuencias trágicas de esta pandemia nos exponen —con toda su crudeza— a nuestras vulnerabilidades individuales y colectivas. Debemos prepararnos para la prudencia como norma, la moderación como actitud y la responsabilidad como principio. Valores como la disciplina personal, la resiliencia colectiva, la solidaridad transversal se superponen en ese mundo egoísta y, por ello, tan inseguro por insostenible. Somos vulnerables y debemos actuar con la naturaleza, con los organismos vivos y con nosotros con humildad. No somos invencibles, a pesar de nuestra extraordinaria potencia tecnológica.

5. El espacio vital, el verdadero tesoro. Recuperar nuestras casas para la vida, no para repostar alimentos, sueño y urgencias. La casa (a pesar de las enormes desigualdades sociales que el metro cuadrado evidencia) es, a la vez, confinamiento forzoso y oportunidad resiliente. Descubrimos, casi nos sorprendemos, de la enorme cantidad de cosas, objetos y enseres prescindibles, que impiden una vida ordenada. Acumulamos chatarras emocionales, desusos funcionales y posesiones innecesarias. Estamos descubriendo el valor de la luz, de la ventilación, de una buena butaca, de nuestra intimidad en espacios compartidos. La vida es una ventana.

6. Recuperar la voz. Ya estaba pasando. El renovado auge de la radio y los podcasts apuntaban al efecto terapéutico de la voz. En esta crisis, solo la voz, las voces son capaces de sanar, de acompañar, de entender, de comprender. Es un tiempo de escucha detenida, atenta, ordenada. Estamos descubriendo que el valor de las palabras no es su simple pronunciación, sino su sentido, su intención. Intuimos que hay líderes que conocen el vocabulario, pero ignoran su sentido, su trascendencia. La voz deviene un indicador nuevo, de verdadera y profunda empatía. Adiós a los relatos prefabricados. Vuelven las palabras que conmueven, vuelve el tono, el timbre, el registro, el color de la voz.

7. Humildad del conocimiento. Somos ignorantes, a pesar de nuestra disruptiva capacidad para almacenar y gestionar conocimiento. Nuestra arrogancia y sentido de la superioridad nos impide aceptar que sabemos muy poco, que lo que conocemos casi siempre es prejuicioso y que ignoramos lo realmente importante para enfrentarnos a este día después tan incierto como ignoto. El día después es un día de estudio, de aprendizaje. Vamos a revisar la educación formal e informal, la educación a lo largo de la vida y la educación asociada a la actividad humana, social y económica. El día después debe encontrarnos estudiando, aprendiendo, reaprendiendo.

8. La sociedad monitorizada. El confinamiento, paradójicamente, va a generar datos, muchísimos datos y rastros sobre nuestro comportamiento individual y colectivo. Miedos, deseos, necesidades. El gran debate será qué harán las grandes plataformas con esta sesión global y colectiva de terapia psicológica. Nos van a conocer más y mejor que nosotros. Y a todos. Otros confinamientos: de la mente, del cuerpo, del espacio, del presente y de las esperanzas. El psicológico: trastornos o enfermedades. El físico: movilidades limitadas. El cotidiano: infraviviendas. El económico: rentas bajas o vulnerables. El social: soledades. El día después es la conciencia de que nuestras libertades son la suma jerarquizada de confinamientos parciales, desiguales e injustos. Vamos a tener que hablar, a fondo, de la libertad del metro cuadrado. De sus límites, de sus fracturas.

9. Repensar el crecimiento. Nuestros sistemas económicos y sociales están más preparados para crecer o decrecer que para un frenazo en seco. La resiliencia solidaria será mejor que la resistencia individual. Mejor decrecer juntos que romper vínculos. Organizarnos para mantener dinámicas colectivas en lo profesional es decisivo para la futura —y lejana— recuperación. Los indicadores acumulativos ya no sirven ni para medir lo relevante. El creci-

miento como objetivo es una falacia. El desafío es el desarrollo, que es otra cosa.

10. Hiperconectados con el mundo, pero desconectados de nosotros mismos. Sobreexpuestos a la información, pero con atención limitada, frágil, espasmódica. Oferta abundante de datos, pero con creciente atonía vital. De la distopía tecnológica a la posible distonía cívica y personal. Debemos repensar nuestra relación entre conectividad permanente y desarrollo sostenible. La información crece en velocidad, cantidad, accesibilidad y formatos. Pero lo que no «crece» es el tiempo. Un segundo sigue siendo un segundo. Un minuto, una hora, un día... igual. Crece la oferta disruptivamente, pero no crece nuestra capacidad cognitiva ni de atención. La tensión entre bien abundante (información) y bien escaso (tiempo) es una de las grandes ecuaciones. De ahí la lucha de los algoritmos por nuestra atención y nuestra limitadísima paciencia cognitiva.

El día después es hoy. Lo que viene no es un «continuará», es un «inicio». No sabemos cómo será, pero sí que podemos decidir cómo queremos llegar y cómo queremos que nos encuentre.

¿Cuánta dureza puede soportar la democracia?

La reflexión sobre los límites y las bondades de lo *políticamente correcto* y de la cortesía parlamentaria para la calidad y el vigor de nuestra política democrática es un tema tan apasionante como discutible. Y actual. ¿Se puede ser duro sin lesionar la vida política y democrática? Sí, aunque hay una gran diferencia entre la dureza y la agresividad; la contundencia y la inquina, o la consideración de los rivales como adversarios o enemigos. A los primeros se les combate democráticamente y se compite con ellos electoralmente, a los segundos se les pretende destruir. Hay un abismo.

La fuerza del parlamentarismo no está en que sea muy homogéneo, por el contrario, una democracia fuerte es

aquella en la que, partiendo de intereses y puntos de vista distintos, se permite —se avala, se tolera y se protege— la discrepancia, por muy profunda que sea.

La práctica parlamentaria no está orientada a convencer a los otros grupos de la oposición para que cambien el sentido de su voto. Es esta una apelación retórica que se ejerce desde una cierta demagogia para abdicar de la responsabilidad máxima de un parlamentario, que es convencer a la ciudadanía —y a sus electores— de la bondad de sus argumentos.

Para que este proceso sea eficaz debe reunir dos condiciones: ser libre y estar ordenado. El reglamento del Congreso (véase el artículo 104) confiere a la presidencia unos poderes extraordinarios —y discrecionales— para ejercer como árbitro imparcial. Pero no necesitamos más normas, ni interpretaciones más restrictivas, sino que es posible que la autorregulación sea más eficaz para hacer posible el juego limpio. En el caso de que la estrategia política de los actores políticos sea optar por una severa confrontación, eso no debe derivar inevitablemente en una guerra verbal que desacredite a personas, instituciones y responsabilidades. Cinco normas de comunicación política pudieran hacer posible y compatible lo duro con lo legítimo.

1. No a las críticas *ad hominem* (falacia que consiste en considerar la falsedad de una afirmación tomando como único argumento quién la pronuncia). Este tipo de crítica es profundamente antidemocrática y degrada el debate político. Hay que criticar lo que dice o hace un adversario, pero no se descalifica al rival solo por el hecho de serlo o por su identidad. Además, en el ámbito parlamentario, cada electo es tan legítimo representante de la soberanía popular como el resto.

2. Adjetivos, los mínimos. Se describen acciones, hechos, políticas e ideas. Y sus consecuencias en la vida de las personas. Los adjetivos aportan exceso de subjetividad e impiden las argumentaciones lógicas, alimentan el ruido y enmascaran —muchas veces— la ausencia de propuestas, respuestas o alternativas.

3. El insulto personal debe ser desterrado del debate público. Pero la crítica y el contraste de ideas o comportamientos debe ser aceptable, por duro que sea. La inquina personal reduce la confrontación a un matonismo parlamentario que impide el legítimo —y exigible— debate de modelos y alternativas. El insulto es el atajo de los incapaces.

4. Los datos deben poder ser siempre contrastados, avalados y contextualizados. Su manipulación, alteración

o distorsión son un retroceso de la calidad democrática. Mentir deliberadamente en el hemiciclo es una falta grave a la ética política y un deterioro de la razón como argumento de la construcción del interés general.

5. Los familiares deben quedar al margen de los debates. Salvo implicaciones políticas directas o supuestamente delictivas. La vida privada puede ser política. La íntima, nunca.

Formas son fondo en una democracia. Debates fuertes pueden fortalecer nuestra democracia, pero los agresivos la debilitan, la degradan y la instrumentalizan.

Publicado en La Vanguardia, 1 de junio de 2020

Protestas 2020: La indignación supera a la pandemia

Decía Martin Luther King Jr. «No alcanza con que me pare delante suyo esta noche y condene los disturbios. Sería moralmente irresponsable que haga eso sin que, al mismo tiempo, condene las condiciones intolerables y eventuales que existen en nuestra sociedad. (...) Y debo decir esta noche que los disturbios son el lenguaje de los que no son escuchados».

En los últimos días, las protestas han tomado las calles de Estados Unidos. Los manifestantes muestran su rabia e indignación por la muerte de George Floyd, un hombre afroamericano que falleció a manos de la policía en Minneapolis.

Los sucesos de Estados Unidos recuerdan a otras protestas que se dieron en el país por causas similares. En 1968, en Baltimore, Maryland, se produjeron las mayores manifestaciones por el asesinato de Martin Luther King Jr., con seis personas muertas y cientos de heridos. 47 años más tarde y, en la misma ciudad, se llevaron a cabo protestas masivas por la muerte de Freddie Gray, también afroamericano, que fue esposado por la policía, trasladado a la comisaría y salió, menos de una hora después, en estado de coma.

Las raíces de estos días de ira e indignación son el resultado de décadas de fracasos políticos y sociales. Los problemas de racismo en Estados Unidos existen, y persisten, a pesar del surgimiento de una generación de líderes y dirigentes políticos que luchan contra esta discriminación.

Estas manifestaciones parecen seguir en la línea de los sucesos de 2019, un año sin precedentes para los movimientos de protesta masivos. En distintas calles del mundo, desde Chile a Hong Kong, la ciudadanía se congregaba para reclamar demandas que variaban en sus lemas y objetivos. Muchas chispas habían encontrado los polvorines donde estallar.

Si bien cada uno de estos estallidos tenía características diferentes y únicas reflejaban, también, denominadores

comunes: desigualdad, abuso de poder y privilegios, corrupción, problemas de seguridad, falta de inclusión, segregación, falta de oportunidades y de derechos democráticos, inequidad y la falta de confianza en las instituciones. Todas causas vinculadas a la relación de la ciudadanía con el Estado, con formatos y canales de acción muy distintos.

Por ejemplo, la performance que creó el colectivo chileno *Lastesis*, dio la vuelta al mundo y se convirtió en el nuevo grito del movimiento feminista. Con una coreografía sencilla, fácil de aprender e imitar, una melodía contagiosa y una letra muy potente, el movimiento demostró su capacidad de organización, poder y denuncia.

También, las protestas de Hong Kong —tan retratadas por Susana Vera, lo que le valió ser la primera española en ganar un premio Pulitzer— visibilizaron el poder del uso de tecnología sofisticada y completamente novedosa para contrarrestar la vigilancia de una superpotencia tecnológica como China.

La presencia corporal y los medios digitales fueron protagonistas en las manifestaciones del pasado año. El cuerpo como medio para la disidencia. La tecnología para potenciar la voz.

Protestar durante una pandemia

Un nuevo activismo político y social estaba en plena ebullición antes de la crisis generada por la COVID-19. Con un perfil más disruptivo con relación al tipo de activistas que hemos conocido hasta ahora, la crisis se presenta como un gran reto. El coronavirus también ataca al corazón de la acción colectiva; debilita la presencia de los cuerpos en el espacio público e imposibilita a los ciudadanos y ciudadanas a manifestarse masivamente para visibilizar sus demandas. En estas circunstancias, el nuevo activismo se reinventa porque quiere seguir impactando en la ciudadanía.

La crisis ha generado nuevas formas de acción. Algunas encuentran sus causas en demandas transversales, como el racismo, la desigualdad o el cambio climático, mientras otras ponen el foco en las acciones de los distintos Gobiernos frente a la pandemia. Pero todas florecen gracias al poder de la organización, la creatividad, la innovación tecnológica y, también, la indignación. Distintas propuestas:

1. Nuevos usos del espacio físico. La ocupación de los espacios públicos se resignifica. En Tel Aviv y Atenas se congregaron miles de ciudadanos y ciudadanas para manifestarse pero respetando el distanciamiento social. En

Nueva York, los y las manifestantes protestaron contra Donald Trump colocando bolsas de cadáveres falsas frente al Hotel Trump. En Berlín los y las activistas de #Friday-ForFuture expusieron sus pancartas frente al Parlamento, como una nueva forma de intervenir el espacio público.

2. Campañas en la calle. En la República Democrática del Congo aún se realizan acciones de activismo tradicional. La pandemia es una recién llegada y su crecimiento ha sido lento. Sin embargo, la precariedad de los servicios sociales en el país ha despertado las alertas del movimiento LUCHA (*Lutte pour le Changement*, en francés). Los y las activistas desconfían de la habilidad del Gobierno para proteger a los congoleños del coronavirus. Por eso, se acercan a los mercados y realizan campañas callejeras para sensibilizar a la población sobre sus riesgos.

3. Manifestaciones desafiantes. Es un tipo de activismo provocador. En Madrid, un grupo de personas, partidarias en su mayoría de la derecha, llevan varios días expresando su descontento en la calle Núñez Balboa. La cita ha ido creciendo en apoyo. Los manifestantes, equipados con banderas españolas y cacerolas, o algún elemento doméstico para generar ruido, exigen «libertad» y la dimisión de Pedro Sánchez. En Nevada, un grupo religioso celebró

Pascuas protestando en un estacionamiento de Walmart al no poder asistir a la Iglesia. En Liubliana, miles de manifestantes salieron en bicicleta a las calles para protestar contra el Gobierno que limita las libertades civiles durante la pandemia.

4. El auge de la manifestación individual. Ante la imposibilidad de agruparse, algunas personas llevan adelante ‘manis unipersonales’. En España, un ciudadano que quiso protestar, a pesar del estado de alarma, decidió ir al supermercado con una pancarta en la que pedía la dimisión del presidente del Gobierno.

5. El uso de mascarillas como herramienta política. Muchos ciudadanos y ciudadanas utilizan las mascarillas para expresar su ideología. En España, la marca de ropa 198 ha agotado la venta de mascarillas diseñadas con mensajes que reivindican la sanidad pública. En Italia, Matteo Salvini, asiste al Parlamento con una mascarilla con la bandera italiana. También, en el Congreso español, una diputada de VOX intervino con un cubre boca con la bandera de España. Desde la Fundación **ideograma**, lanzamos mascARTillas, un proyecto que invita a las personas a transformar sus mascarillas en pancarta personal.

6. Activismo de balcón. El espacio privado transformado en una ventana de protestas. En muchos países, como Brasil, España o Argentina, la ciudadanía golpea ollas y sartenes en los balcones para protestar contra la gestión del Gobierno ante la pandemia. En Madrid, el día del orgullo LGTBI se celebrará en los balcones y de manera online.

7. Las manifestaciones digitales se multiplican. Este tipo de activismo ha sido muy criticado, incluso se ha denominado peyorativamente como *Slacktivism* o activismo de sillón. Sin embargo, en este contexto adquiere otro sentido. En Hong Kong, las protestas han continuado a través del videojuego Animal Crossing. En él, los usuarios, se encuentran con pancartas que muestran mensajes como «Free Hong Kong» o «Revolution Now» y fotos donde se pueden ver manifestantes pisando la cara de la jefa del Ejecutivo. En España, partidarios de la derecha organizaron la primera manifestación online para denunciar al presidente del Gobierno. En la República Checa, el movimiento MASKS 4ALL presionó al Gobierno, a través de las redes sociales, para que dispusiera la obligatoriedad del uso de mascarillas.

En este contexto, las protestas de Estados Unidos representan un punto de inflexión. Son diferentes al tipo que se desarrollaba hasta el momento.

A pesar de la violencia policial, la presencia de la COVID-19, que afecta desproporcionadamente a las personas más vulnerables, y los tuits del presidente Donald Trump, repletos de provocaciones, la ciudadanía estadounidense elige la calle para hacer ver y oír sus demandas.

También se aprovechan las posibilidades que ofrece la tecnología para multiplicar el impacto de las protestas a nivel global. Por ejemplo, la industria musical se ha sumado a las protestas y ha planeado apagar la música y convocar un día de reflexión. La iniciativa ha sido promovida a través de los hashtags *#BlackOutTuesday* y *#TheShow-MustBePaused*. De esta forma, los programas de radio se han silenciado; los canales MTV, VH1, Comedy Central, entre otros, se han «oscurecido»; Spotify agregó ocho minutos y 46 segundos de silencio para seleccionar listas de reproducción y podcasts, el tiempo que el oficial de policía mantuvo su rodilla sobre el cuello de Floyd. Y se ha invitado a la ciudadanía a publicar cuadros negros en el feed de Instagram.

Es posible que estas acciones fortalezcan al activismo y dejen aún más al descubierto los problemas políticos, sociales y económicos que necesitan cambios urgentes. Cuando el distanciamiento social se supere es probable

que el activismo vuelva con más fuerza. Las chispas y el polvorín siguen presentes. La COVID-19 no las ha parado.

Publicado junto a Florencia Paz en Univision Noticias,
5 de junio de 2020

El dilema melancólico

El Great Reset (Gran Reinicio) es una iniciativa del Foro Económico Mundial de Davos para discutir una salida a la pandemia que conduzca a un mundo más resistente y sostenible. Antes de la Reunión Anual 2021 del Foro, que se dedicará al Gran Reinicio, se llevará a cabo una serie de diálogos virtuales con una gran diversidad de voces y actores políticos y económicos. El mundo se debate entre la *nueva normalidad* (ese oxímoron con vocación nostálgica) o la necesidad de resetear, a fondo, el sistema económico y social. Darle al *play* y salir de *pause*; o cambiar de guion y de película.

Los matices son importantes: ¿Nuestros líderes quieren decir lo mismo cuando hablan de recuperación o de reconstrucción, por ejemplo? No lo creo, detrás de la semántica está la orientación política. Quizá es un momen-

to clave para los significados de las palabras, para su interpretación, para su percepción pública. La crisis de la COVID-19 nos ha permitido —y no sabemos, todavía, el desenlace final— pensar globalmente sobre nuestro mundo y sobre nuestros mundos. Una crisis global y local. Colectiva e individual. Las palabras importan.

«Cuando teníamos las respuestas nos cambiaron las preguntas». Este aforismo se lo encontró en 2012, en Quito, el poeta ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, que, a su vez, se lo contó a Mario Benedetti quien lo popularizó. Hoy, casi diez años después, refleja con gran precisión metafórica e inspiracional el dilema en el que nos encontramos: ¿Volver, de alguna manera, al pasado conocido o explorar el futuro desde un presente agrietado, agotado y desconcertado? ¿Refugiarnos en las respuestas acomodaticias o adentrarnos en las preguntas inciertas e incómodas?

Vivíamos en un mundo VUCA (Volátil, Incierto, Complejo y Ambiguo). Ahora sabemos, con nitidez, que también es Frágil y Vulnerable. El acrónimo VUCA ha tenido un desigual pero sugerente itinerario desde que fuera acuñado, en los años 90, por la U.S. Army War College para describir el mundo surgido tras el fin de la Guerra Fría. Ahora, nos enfrentamos a un momento decisivo

de la complejidad que va a poner a prueba el multilateralismo, la cooperación regional, la preeminencia de la ciencia (con sus advertencias ignoradas), la calidad democrática y la necesidad de construir alianzas por el interés general y el bien común, más allá de la capacidad competencial de Estados y Gobiernos. Hoy, las empresas saben, más que nunca, que sus contribuciones a la sostenibilidad ecológica, económica y social son impostergables e inexcusables.

Las dificultades para abordar el dilema entre continuar o reiniciar no son pequeñas. En Europa, por ejemplo, el miedo actual se nutre de miedos anteriores. El poder del pasado es cada vez más atractivo y se ofrece como un refugio (emocional y político) frente a los desafíos. La mayoría de la ciudadanía europea presenta un sesgo reaccionario por nostalgia del mundo anterior, según un revelador estudio de opinión de la Fundación Bertelsmann de 2019. La nostalgia es la salida rápida ante un futuro que no inspira confianza, seguridad o progreso.

La filósofa holandesa Joke J. Hermsen publicó el año pasado un libro oportuno e inspirador, *La melancolía en tiempos de incertidumbre*, donde nos advierte de que «lo que realmente nos conmueve es la melancolía». ¿Un mundo con ansiedad y estrés podrá abordar los cambios que

necesitamos e insuflar la esperanza compartida que los sustente? La política, y sus liderazgos, debe entender el desafío al que nos enfrentamos con este dilema melancólico. Los dilemas son transcendentales. Equivocarse con ellos no permite rectificar porque la ventana de oportunidad es corta. La política no podrá abordar el reinicio necesario sin su *reset* particular. Ese es, también, su dilema.

Publicado en La Vanguardia, 25 de junio de 2020

Política y disonancia cognitiva

La disonancia cognitiva (concepto acuñado por el psicólogo social Leon Festinger en 1950) nos permite comprender lo inexplicable de algunos de nuestros comportamientos. Por ejemplo, en política, cuando las personas sienten una fuerte conexión emocional con un partido político, líder, ideología o creencia es más probable que dejen que esa lealtad piense por ellas. Hasta el extremo de que pueda ignorar o distorsionar cualquier evidencia real que desafíe o cuestione esas lealtades. Es decir, justificamos nuestras decisiones —que se convierten en prejuicios— aunque existan datos que confirmen el error de nuestras convicciones.

La disonancia cognitiva impide razonar sobre la realidad, evaluar nuestras ideas y corregir, consecuentemente, nuestros comportamientos. La teoría de Festinger explica

cómo las personas se esfuerzan por dar sentido a ideas contradictorias y llevar vidas coherentes en sus mentes, aunque la realidad demuestre que están equivocadas.

Elliot Aronson, uno de los psicólogos sociales más reconocidos en la actualidad y autor de *El animal social* y Carol Tavris, psicóloga social y feminista estadounidense, han publicado recientemente una obra imprescindible para entender nuestros comportamientos. En *Mistakes Were Made (But Not by Me): Why We Justify Foolish Beliefs, Bad Decisions, and Hurtful Acts* hablan de la disonancia cognitiva, el sesgo de confirmación y otros sesgos cognitivos para ilustrar cómo justificamos y racionalizamos nuestros comportamientos. Un libro que debería ser de cabecera para cualquier gestor público o líder político.

El comportamiento político de la ciudadanía, en la pandemia, ha agudizado nuestro sesgo. La COVID-19 se está convirtiendo en un elemento más de polarización y de lucha cultural entre partidos. Con la crisis sanitaria han aumentado las diferencias, a partir de la ideología. En Estados Unidos, así como en otros países, diferentes estudios muestran cómo cambia la percepción del virus si se es demócrata o republicano, así como la confianza en los médicos, o si se toman más o menos medidas de seguridad.

Vemos, pues, cómo nuestra racionalidad se somete al prejuicio que justificamos, sin que lo empírico lo disuada, lo inhiba o lo corrija. Como en la fábula de Esopo, *La zorra y las uvas*: cuando la zorra no consigue alcanzar las uvas, se convence de que no las quiere.

La disonancia cognitiva, además de ser una trampa psicológica para justificar nuestros errores, es el primer escalón de una peligrosa escalera descendiente hacia el odio. Se empieza con el prejuicio que lleva a la polarización, para seguir descendiendo por el sectarismo que deviene fanatismo, instalándose virulentamente en el odio. Esta deriva, en un contexto digital, adquiere tintes de linchamiento, por parte de turbas digitales capaces de justificarse agrediendo al distinto por su pensamiento autónomo o disidente.

Varios manifestos recientes han alertado del deterioro de nuestra convivencia democrática por el incremento de la intolerancia prejuiciosa, que convierte al adversario en enemigo, al discrepante en un peligro, al disidente en un traidor. Hay una atmósfera polarizada peligrosa y perversa que debemos, entre todos los y las demócratas, desactivar urgentemente con dosis incrementales de mayor respeto al otro y dudas cautelares sobre nuestras convicciones.

Anatole France, en su novela *Los dioses tienen sed* nos advertía de la pendiente acelerada de la intolerancia. Cada vez más rápida, cada vez más descendiente: «Profeso el culto de la razón sin dejarme fanatizar por ella. La razón guía y alumbra, pero si la divinizáis, acaso ciegue y sea instigadora de crímenes...». La disonancia cognitiva no puede justificar ni la ignorancia ni la intolerancia. Comprender cómo funciona nuestra mente no nos exime de nuestros errores.

Publicado en La Vanguardia, 23 de julio de 2020

La fatiga democrática

Las personas cansadas mantienen, todavía, una dosis de energía. Su cansancio es temporal. Las fatigadas, por el contrario, han agotado las reservas que les impiden reaccionar o mantener un esfuerzo continuado. La fatiga tiende a ser crónica y es una respuesta física y psicológica al esfuerzo, al estrés emocional, al aburrimiento o a la falta de sueño. Y no se recupera solo con descanso. El cansancio, sí. ¿Puede la fatiga afectar también a las sociedades? ¿Puede ser colectiva? Y si es así, ¿qué consecuencias sociales —políticas y democráticas— puede tener? ¿Está nuestra democracia, también, fatigada?

El comité de emergencia de la Organización Mundial de la Salud (OMS) se reunió el 31 de julio y, después de seis horas, llamó a los Gobiernos a una «orientación pragmática y matizada para reducir el riesgo de fatiga de res-

puesta en el contexto de la presión socioeconómica». La OMS advierte sobre lo que cada día parece más compartido y evidente: no estábamos preparados para una pandemia así, ni tampoco para una resistencia resiliente tan larga, continuada y desgastante, además de trágica. Los Gobiernos empiezan a ver cómo su capacidad de condicionar comportamientos para garantizar la salud pública empieza a menguar y el cumplimiento de las medidas más efectivas como la distancia social, las mascarillas y la higiene personal decrece en todo el mundo. Por el contrario, las protestas, el rechazo y el incumplimiento aumentan alimentados por los bulos y la desconfianza hacia la eficacia de las políticas públicas. La fatiga y la impaciencia, junto con el desánimo y el miedo al futuro, se extienden como otra y nueva capa pandémica: la emocional.

Una encuesta publicada por la Fundación Bertelsmann en 2019 con el título *El poder del pasado* reveló que dos tercios de los ciudadanos europeos piensan que el mundo era mejor antes. Los más nostálgicos son los italianos, los franceses y los españoles. El estudio dibuja un perfil del europeo nostálgico: hombre, adulto —de hecho, aumenta con la edad—, trabajador amenazado o desempleado, residente en zona rural y con bajo nivel de educación. La nostalgia es un sentimiento que se dispara con el miedo, la

ansiedad y el malhumor. El futuro ha dejado de ser un destino prometedor y superador.

Acaba de salir un oportuno libro, *Twilight of Democracy* (El crepúsculo de la democracia), el último de Anne Applebaum, donde nos advierte que el mundo democrático está «envejecido, frío y cansado» y que esta atmósfera ha abierto la puerta a un fundamentalismo de derecha. Y la Unidad de Inteligencia de The Economist viene destacando, en sus últimos informes, un deterioro progresivo en la percepción de la democracia. En su último índice de democracia, la salud democrática global llegó a los 5,44 puntos (sobre un total de 10), algunas décimas por debajo del resultado del año anterior.

Esta tendencia a la baja es lo que ha motivado que muchos analistas, como el politólogo Larry Diamond, hablen de «recesión democrática» además de la recesión económica. Y desde hace algunos años, los datos de la Encuesta Mundial de Valores concluyen que los europeos y norteamericanos cada vez creen menos importante vivir en una democracia. La indiferencia democrática y la fatiga social respecto a la política son un poderoso explosivo. La pandemia puede estar acelerando esta decantación perversa. La COVID-19 evidencia que sólo los comportamientos

colectivos pueden ser efectivos. Que no podemos externalizar, en nuestros agotados y exhaustos sistemas de salud —y en la tan esperada como lejana vacuna—, nuestra responsabilidad personal. Y que no hay salida si no es colectiva, comunitaria y solidaria. La política se enfrenta, en esta situación, a un reto más inspirador que coercitivo, más ejemplar que regulador, más motivador que imperativo. ¿Estamos preparados?

La fatiga es peligrosa. Puede hacer ineficaces las políticas públicas cuando estas no son aceptadas, respetadas y compartidas. Este hastío, esta posible derrota psicológica de la sociedad, puede dar al traste con todos los esfuerzos económicos y políticos que se están activando. El BOE no entiende el corazón de los fatigados. Hay que rearmarse con fuertes conocimientos de psicología social y psicología del comportamiento. No va de *marketing* ni de persuasión. Se necesita neurociencia y empatía.

Ya en abril de este año, la OMS publicó una herramienta europea para la comprensión del comportamiento, en la que recomendaba que «comprender los niveles de confianza del público, las percepciones de las personas sobre el riesgo y los obstáculos que pueden encontrar para seguir las medidas recomendadas es fundamental para la

eficacia y el éxito de las medidas de respuesta a la pandemia». Y proseguía: «Nuestro éxito en la lucha contra el nuevo coronavirus depende de que las personas estén informadas, dispuestas y capacitadas para adoptar las medidas de salud pública adecuadas».

La fatiga sanitaria contagia y se traslada a otra fatiga: la política y democrática. Podemos vencer al virus, pero podemos sucumbir a la infección antidemocrática si no entendemos bien a lo que nos enfrentamos: un virus peligroso y, también, una fatiga contagiosa. Ambas afectan a la salud: la pública y la democrática. Son inseparables.

Publicado en El País, 18 de agosto de 2020

La era del desorden

El reciente estudio de rentabilidad de activos a largo plazo del 2020 del Deutsche Bank (más de 100.000 empleados en 70 países) pronostica que este año podría marcar el fin de la segunda era de la globalización (1980-2020) para adentrarse en la «Era del Desorden». Este nuevo súper ciclo se identificará por la reversión de la globalización y en las luchas de clases y, especialmente, intergeneracionales. La publicación anual, insignia del banco alemán, sostiene que 2020 marca el comienzo de un nuevo «súper ciclo estructural» que «da forma a todo, desde las economías hasta los precios de los activos, la política y nuestra forma de vida en general».

El informe ha coincidido con otras sorprendentes declaraciones de nada menos que el mismísimo Klaus Schwab, chairman del World Economic Forum, que, en

su artículo *Capitalismo post-COVID*, afirmaba que «será necesario reevaluar otras consignas de nuestro sistema económico global con una mente abierta. Una de las principales es la ideología neoliberal. El fundamentalismo de libre mercado ha erosionado los derechos de los trabajadores y la seguridad económica, ha desatado una carrera desregulatoria hacia el fondo y una ruinosa competencia impositiva, y ha permitido el surgimiento de nuevos monopolios globales gigantescos». Schwab concluye que la única respuesta aceptable para una crisis semejante es intentar aplicar un «Gran Reinicio» de nuestras economías, políticas y sociedades.

El desorden reduce a la política democrática a un lugar secundario y subsidiario. Así, en el desorden, la política sería paliativa y no reguladora, orientadora del interés general y el bien común. En el trastorno, la vida sería una suerte de lucha por la supervivencia entre ganadores y perdedores con nuevas brechas y grietas entre regiones, países, generaciones, géneros, sectores económicos y profesiones. Una guerra de todos contra todos, con un planeta herido, donde cada vez sobra más gente y cada vez es más dura y cruenta la supervivencia. Una lucha que agudizaría las divisiones sociales y las tentaciones egoístas y autónomas de las élites ganadoras.

Aunque no es la primera vez que los augurios apocalípticos sobre el futuro no han acertado —ni de remotamente— con lo que ha sucedido finalmente, lo cierto es que las señales, y sus interpretaciones, de tantos y diversos actores nos hacen pensar que estamos caminando sobre una fina capa de hielo a punto de resquebrajarse. El gran reinicio, del que hablaba Schwab, y que será el eje del próximo encuentro de Davos 2021, no será posible con todos corriendo —algunos huyendo y escapando del desastre, otros acelerando hacia el precipicio—, si no podemos parar esta aceleración vital en la que estamos inmersos.

La política democrática se enfrenta a sus horas decisivas. Es imprescindible una alianza por el interés general que incorpore el papel de los líderes de las corporaciones conscientes y responsables. La confianza en las empresas crece. En la política, baja. La nueva encuesta *The Listening Project*, realizada a 30.000 personas en 27 países, del Milken Institute y The Harris Poll, confirma que para 2 de cada 3 personas en el mundo «las empresas han sido más confiables que el Gobierno para mantener mi país en funcionamiento durante la COVID-19».

La política no tiene suficiente poder —ni real, ni efectivo— para garantizar el orden (seguridades compartidas)

en esta era del desorden. Abandonar la arrogancia regulatoria y la autosuficiencia de los Gobiernos y establecer nuevos marcos de corresponsabilidad será imprescindible. La política va tarde, es lenta e insuficiente. El desorden es el fin de la cultura democrática. El gran reinicio debería ser compartido o será un cortocircuito, con el sistema operativo bloqueado y colgado. No hay tiempo que perder.

Publicado en La Vanguardia, 15 de octubre de 2020

Biopolítica contra la desconexión democrática

La encuesta *Global Happiness 2020* —realizada por Ipsos el pasado mes de agosto a más de 20.000 personas en 27 países— muestra datos muy reveladores: la primera fuente de felicidad para el 55% de las personas encuestadas es la salud física y mental, como lo demuestran la alta consideración que tienen los sistemas de salud pública y su defensa en todo el mundo. Le siguen las relaciones con la pareja y con los hijos, y viene a continuación pensar que la vida tiene sentido. El primer indicador material, como las condiciones de vida o la seguridad personal, no aparece en las prioridades personales hasta la quinta y sexta posición. De nuevo, saber que se tiene el control de la vida propia o la satisfacción en la dirección de esta son más relevantes que tener, por ejemplo, más dinero.

¿Qué está pasando? ¿Las personas, en tiempos de pandemia, buscan la felicidad en lo inmaterial, en lo intangible, en los valores? Y, por ejemplo, esta búsqueda de felicidad en el bienestar físico y emocional, ¿no está indicándonos una renovada escala de valores a la que la política democrática debería atender especialmente?

El historiador Timothy Snyder, en su libro más reciente, *Nuestra enfermedad. Lecciones de libertad en un diario de hospitalario*, y tras estar gravemente enfermo, señala que un virus no es humano, pero cómo se reacciona ante él es una forma de medir la humanidad. Pone también el foco en la atención médica de calidad como pilar de las libertades. Salud y democracia. Salud democrática.

Desde hace tiempo hablamos de la desconexión entre la política y la ciudadanía. De la distancia entre el relato político y el discurso institucional, de un lado, y la realidad cotidiana que se vive en el día a día y que reclama respuestas concretas, del otro. Además, el coronavirus nos muestra, con toda su crudeza, nuestra vulnerabilidad y, a la vez, que la cotidianeidad adquiere una dimensión vital que hay que interpretar adecuadamente. El miedo al futuro —o, al menos, la incertidumbre— sitúa el presente, lo próximo, lo personal como espacio de gran centralidad en

la construcción de un sentido de pertenencia colectivo que no desprecie *el metro cuadrado* de las personas. Lo cotidiano es el futuro hoy, porque el futuro no ofrece cambios mañana para millones de personas.

La biopolítica, aquella que se centra en atender —y comprender— desde las emociones hasta las necesidades inmateriales e intangibles de las personas, puede ser una aproximación sugerente y necesaria para reconectar lo político con lo personal, la política con la vida, la democracia con en el día a día de las personas. Dar sentido a la vida es una tarea para la política progresista. Cuando se pierde, cuando no hay o no se encuentra sentido a lo que nos sucede, cuando la ausencia de dirección y de horizonte hunde las expectativas y las confianzas, se abre paso el abismo social y el atajo autoritario.

Necesitamos liderazgos que entiendan y abracen estas nuevas necesidades. Que hablen con el corazón, de verdad. Menos relato y más emoción sincera y auténtica. La biopolítica, la política de la vida, de los cuidados, de las vidas, es un desafío. No es fácil, para nuestros políticos y partidos políticos, hablar —y saber qué decir— de la soledad, de los trastornos alimentarios, de la depresión, de la ansiedad o de la angustia. El desconocimiento de la digni-

dad inmaterial o de las necesidades espirituales o asociadas al bienestar personal y físico son un impedimento actitudinal para reconectar la política con el presente y la vida.

El reciente libro de Michael J. Sandel, *La tiranía del mérito: ¿Qué ha sido del bien común?*, es una despiadada crítica moral de la pérdida de la dignidad del trabajo causada, en parte, por algunos efectos negativos de la globalización y la arrogancia displicente de las élites meritocráticas que sobrevaloran la instrucción académica superior como el gran indicador de ascensor social. Estas élites subliman el mérito como valor supremo y creen que promoverlo, por sí solo, es suficiente para superar estigmas, condiciones, prejuicios o barreras. Pero no es así.

La tiranía del mérito convive con otras tiranías, como las del relato socialmente aceptado o la reducción de la política al *framing*, al encuadre. Reivindico más foco y menos encuadre. Más *zoom in* y menos *zoom out*. La arrogancia tecnocrática nos aleja de comprensiones fundamentales que tienen que ver con aspiraciones básicas y simples que son portadoras de más dignidad que la mera satisfacción de su expresión en forma de necesidades. La felicidad como objetivo político es menos atractiva que la justicia, pero no por ello menos necesaria. Despreciar

la felicidad como objetivo para las políticas públicas, o atribuirle un carácter hedonista e individualista, es no comprender que tras algunos anhelos cotidianos hay más política transformadora y progresista que tras muchos planes superestructurales.

Necesitamos dar sentido y esperanza a la cotidianidad. La política debe ser la emoción de esta esperanza necesaria e inaplazable. Sólo la biopolítica es capaz de generar una ilusión personal y colectiva, porque comprende lo vital como la primera realidad. Intuyo que la política del palpito es, quizás, más urgente que la del púlpito. Más biopolítica, por favor.

Publicado en revista *Ethic* (nº 47- noviembre 2020)

Mejor la esperanza que la utopía

Una serie de encuestas publicadas recientemente nos alerta de la valoración muy negativa que hace la mayoría de la ciudadanía del clima de crispación política en España. El electorado es muy severo en su juicio y, quizás, no le falta razón. La ciudadanía cree que el encono político, las mentiras, las descualificaciones personales y la agresividad verbal no solo degrada a la política actual y a sus protagonistas, sino que deteriora la democracia, las instituciones y el interés general. Y más aún: cree que la crispación impide atender con seriedad a la grave crisis sanitaria, social y económica a la que nos enfrentamos.

La polarización avanza y abre grietas invisibles, pero profundas. El riesgo de vetos cruzados, apriorismos sectarios y animadversión política aumenta y se instala con su fétido aroma de intolerancia. Corremos el riesgo de conta-

minar el debate de odios y rencores que hagan irreconciliables ideas políticas que pudieran ser complementarias o alternativas, pero a las que se despoja de cualquier credibilidad con desprecios *ad hominem*. Es decir, juzgamos a las personas por ser quienes son y no por sus ideas, actos o comportamientos. Estamos confundiendo adversarios con enemigos.

El clima está enrarecido. España, además de vaciada, va añadiendo adjetivos preocupantes: desigual, segregada, polarizada y, ahora, agrietada. La grieta, a diferencia de cualquier otra división, rompe el suelo común —y no estoy hablando de la unidad territorial—, crea trincheras, resquebraja consensos básicos, hace insalvables las distancias convertidas en abismos bajo nuestros pies y condena a las personas a destinos de beligerancia sin tregua, ni paz. Convierte la victoria imposible de la imposición en una guerra permanente de agresividad sin descanso. La crispación nos arruina moralmente y nos lastra social y económicamente, también.

John Berger, escritor, crítico de arte y pintor británico, escribió una obra especial, *Confabulaciones*, en el último tramo de su fecunda trayectoria creativa y nos recordaba por qué el lenguaje puede redimir la vida democrática: «La

mayoría de los discursos políticos de hoy están compuestos de palabras que, separadas de cualquier criatura de lenguaje, resultan inertes y moribundas. Y estas palabras huecas y pretenciosas barren con la memoria y alimentan una complacencia que prescinde de toda empatía con los demás».

Berger, en este delicado y luminoso libro, dice preferir la esperanza a la utopía. Y no es una diferencia menor afirma el crítico Marcos Mayer. La utopía viene prefabricada, es un modelo con instrucciones, mientras que la esperanza es un territorio por construir. «Por lo cual requiere el encuentro de voluntades que aún ignoran que se proponen y qué deben hacer para salir de un mundo dominado por las finanzas, una clase política que vacía el lenguaje y una prensa repleta de lugares comunes», escribe Mayer. Un territorio por construir, no por conquistar o dominar.

La pandemia, además de arrebatar nos vidas, planes y proyectos, puede contagiarnos de desesperanzas presentes y miedos futuros. La nostalgia acecha con su guadaña. La política debe recuperar la capacidad de crear esperanzas no utópicas. Esperanzas que hagan posible lo necesario. Y urgente lo posible. Si la política democrática nos desampara,

para lanzarse a la lucha sin cuartel por el poder, haciendo del lenguaje político un gesto soez, de estilo vulgar, con un tono superficial o un vocabulario hiriente, si eso sucede, el fin está cerca. Recuperar el sentido de las palabras es la primera tarea de la esperanza democrática. Envilecer la confrontación política hasta enlodarla en la crispación nos arrastra. A los contendientes y al público.

Publicado en La Vanguardia, 24 de diciembre de 2020

2021: la tensión social al límite

El 2019 fue considerado, por la mayoría de los *think tanks* internacionales y los medios de comunicación globales, como «el año de las protestas». Chile, Ecuador, Colombia, Puerto Rico, México, Hong Kong y Líbano fueron algunos de los muchos países con multitudinarias protestas. Unas movilizaciones con diferentes detonantes, como el aumento del billete del metro o el impuesto a WhatsApp, que actuaron como chispas que prendieron en una sociedad altamente inflamable en lo emocional. El polvorín social de la desigualdad y la crisis de representación, largamente acumulado, consolidaron la legitimidad de la explosión ciudadana en las calles. La mecha fueron las redes sociales en una sociedad hiperconectada que hizo posible la irrupción de la protesta global sin aparente conexión entre unas y otras, más centradas en las *causas* políti-

cas que en las *casas* políticas y sin liderazgos claros. Pero con algo en común: desconfianza y hartazgo.

El 2020 fue el año de la pandemia, pero eso no impidió que las protestas siguieran desarrollándose. De hecho, el Global Protest Tracker registró más manifestaciones en 2020 que en 2019. El confinamiento y las restricciones de movilidad interrumpieron momentáneamente las manifestaciones callejeras y obligaron al activismo a reinventarse y ensayar alternativas creativas y nuevos usos del espacio público. Sin embargo, esa calma se reveló engañosa y las protestas volvieron a ocupar las calles, sumando incluso reivindicaciones asociadas a la gestión de la pandemia. Al malestar heredado de 2019 se sumaba la incertidumbre, el miedo a lo que viene y el descontento con las respuestas de los Gobiernos. Emociones como capas.

¿Y qué esperar del 2021? Dos recientes informes del Fondo Monetario Internacional (FMI) arrojan algunas pistas sobre lo que podemos esperar en materia de movilización social. Uno de ellos establece una relación directa entre las pandemias y la tensión social posterior. El otro muestra, a partir de un estudio histórico, que las grandes pandemias del pasado provocaron un aumento significativo del malestar social a medio plazo al reducir el creci-

miento y aumentar la desigualdad. Los incrementos de la pobreza, la desocupación y la desigualdad dibujan un panorama desolador global, en especial para América Latina.

Por ello, la Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, también alertaba recientemente sobre un posible aumento del descontento y una nueva ola de disturbios sociales en la región. Cabe esperar, entonces, otro año cargado de movilizaciones en Latinoamérica, pero ¿qué características tendrán estas protestas?

Una sociedad nerviosa. A los problemas no resueltos de 2019 se suma, ahora, la fatiga pandémica de una sociedad con paciencia limitada. Ya no hay solo miedo, hay ira y desconfianza hacia el futuro que no parece esperanzador. El presentismo se apodera de la ciudadanía, desprovista de esperanza colectiva en el mañana. A los Gobiernos les quedará muy poco margen para el error. Deberán afrontar los desafíos del proceso de vacunación y la reactivación económica bajo una estricta vigilancia ciudadana.

Los jóvenes seguirán protagonizando las protestas. Una generación que se moviliza por causas y no se identifica con partidos políticos. Son «nativos democráticos», sin deudas ni hipotecas con el pasado e inquietos ante un

futuro que es sinónimo de incertidumbre, no de progreso. La crisis que viene es generacional. Los jóvenes sienten que el pacto generacional se rompió desfavorablemente para ellos. Son la primera generación que no está segura de vivir mejor que sus padres.

De lo colectivo a lo conectivo. Según el último reporte de la plataforma Phone2Action, en los últimos años se ha registrado un crecimiento notable de la incidencia digital en el activismo. Todo indica que esta tendencia seguirá en aumento: tecnologías para convocar, organizarse, comunicar, presionar e incluso desafiar a las fuerzas de seguridad. Tecnopolítica como alternativa organizativa, como instrumento de acción y como eficacia comunicativa.

La era de la ira. Posiblemente, también veremos un recrudecimiento de la violencia nihilista y la persistencia de actos vandálicos que opacan otros tipos de expresiones pacíficas —mayoritarias—, algunas de ellas energizadas por la creatividad de los lenguajes artísticos, como ya hemos visto en los últimos tiempos. El ARTivismo se abre paso de manera lúdica y movilizadora.

Si hace unos años, Pankaj Mishra nos advertía sobre el hecho de que la violencia se había vuelto «endémica e incontrolable» y hay quienes relacionan la pandemia con

una nueva «era de la ira», entonces hay más motivos para estar preocupados y preparados. El Deutsche Bank, en su informe estratégico de principios de año, ya nos habla de la «era del desorden».

Las protestas líquidas. Y, por último, las protestas seguirán siendo líquidas, sin un liderazgo claro con el que dialogar y sin una única reivindicación, lo que dificulta la gestión del conflicto y los procesos de negociación, y obliga a explorar nuevos mecanismos de resolución.

Cuando la insatisfacción no encuentra un cauce institucional y no hay oferta política capaz de representarla, la protesta es la propuesta y el atajo autoritario o populista puede encontrar un ecosistema fértil. Y en este contexto, los desafíos para la gobernabilidad son muchos y profundos. Comprender las causas estructurales e inmediatas del malestar, desarrollar mecanismos de escucha para anticipar y desactivar brotes de descontento, gestionar las emociones para evitar el desborde y avanzar en la administración democrática del cambio y la demanda social son algunos de los muchos objetivos que tendrán por delante los Gobiernos y los actores políticos y sociales latinoamericanos.

Democracia fatigada

Los gobiernos ven, crecientemente, cómo su capacidad de condicionar comportamientos para garantizar la salud pública empieza a menguar y el cumplimiento de las medidas más efectivas como la distancia social, las mascarillas y la higiene personal decrece en todo el mundo. Por el contrario, las protestas, el rechazo y el incumplimiento aumentan alimentados por los bulos y la desconfianza hacia la eficacia de las políticas públicas. La fatiga y la impaciencia, junto con el desánimo y el miedo al futuro, se extienden como otra y nueva capa pandémica: la emocional.

Vivimos en una sociedad nerviosa y con desconfianza hacia los gobiernos. Es una sociedad cada vez más airada, que pasa del malestar al miedo, y que vive en la incertidumbre, porque nadie genera certezas en un presente o un

futuro mejor. La psicóloga Megan Devine, terapeuta de duelo, indicaba en un reciente artículo en *The Atlantic* que «todo el mundo está afligido por algo, ya sea por la pérdida de la rutina diaria, un trabajo, la seguridad de la vivienda, las personas que les importan, la pérdida de una sensación de estabilidad, o no saber lo que se avecina [...] Hemos perdido nuestra fe en la certeza».

La OMS ya advertía en junio pasado sobre lo que cada día parece más compartido y evidente: no estábamos preparados para una pandemia así, ni tampoco para una resistencia resiliente tan larga, continuada y desgastante, además de trágica. Esta fatiga, aunada con miedo y ansiedad, hace que la nostalgia por un pasado mejor, que ya era importante en el 2019, especialmente en España, Italia y Francia, según la Fundación Bertelsmann, aumente su protagonismo en la sociedad.

El futuro ha dejado de ser un destino prometedor y superador. Y ello tiene consecuencias en la política y en la percepción de la democracia. En su libro *Twilight of democracy* (el crepúsculo de la democracia), el título más reciente de Anne Applebaum, la autora advierte de que el mundo democrático está «envejecido, frío y cansado». Estamos ante lo que el politólogo Larry Diamond denomina una

«recesión democrática», acrecentada por la recesión económica.

La incertidumbre, sin duda alguna, también afectará al futuro de la política. Un buen ejemplo lo veremos en Francia. En todas las encuestas, se muestra de nuevo una segunda vuelta entre Macron y Le Pen, pero con una gran diferencia. Si hasta ahora, en todas las ocasiones en que la derecha populista ha llegado a esta situación, el resto de votantes de otras fuerzas políticas daban su apoyo al partido que pudiera hacer frente al desafío democrático de Le Pen, en esta ocasión las encuestas indican que un parte importante de esa misma ciudadanía se abstendría quedándose en su casa, con lo que Marine Le Pen tendría muchas más posibilidades de victoria. Es desencanto con la política y desafección con los gobiernos. Y, ahora, fatiga democrática. Fatigados somos más vulnerables y, al mismo tiempo, irascibles, impacientes e indiferentes. Francia puede ser un serio aviso.

Publicado en La Vanguardia, 18 de marzo de 2021

Despreciar a tu adversario

La superioridad moral, la arrogancia intelectual y el desprecio personal hacia los rivales políticos no permite pensar bien en lo que hacen, por qué lo hacen, cómo lo hacen. La descalificación del adversario, solo por su condición de rival, impide descubrir el por qué de sus razones. El desprecio es el principio de la ignorancia. Esta actitud es la causa de innumerables errores políticos que acaban en fracasos estrepitosos.

Otro error es confundir las señales con el ruido. Quedarse atrapado en el bullicio que genera el adversario distrae de entender las señales profundas del electorado y de sus nuevas demandas. No mires la superficie del iceberg, mira lo que está por debajo. En su libro *La señal y el ruido: Cómo navegar por la maraña de datos que nos inunda, localizar los que son relevantes y utilizarlos para elaborar predic-*

ciones infalibles (Ediciones Península, 2014), Nate Silver destaca como «el ser humano está obligado a planificar. A prever lo que podría ocurrir, para estar preparado. Pero el mundo cada vez va más rápido, y la información de que disponemos se acumula a un ritmo cada vez mayor». En estas condiciones, nuestros propios sesgos junto con la aceleración de la vida nos despistan de las señales y nos confunden con sus ruidos. También en política.

Adlai Stevenson fue un político demócrata de Estados Unidos. Dos veces candidato a la presidencia y dos veces derrotado en 1952 y 1956. En su época, no había nadie más preparado que él. En la última campaña, un seguidor se le acercó y le dijo: «Todas las personas inteligentes estamos con usted». Y él respondió: «Gracias, pero mi problema es que necesito una mayoría». No es inteligencia, son mayorías.

No se representa bien a la sociedad que no se entiende. Las emociones pueden provocar resultados inesperados, pues votamos cada vez más con el corazón —capital cognitivo básico— y esto pone de manifiesto los límites de las promesas electorales y de la racionalidad. Saber entender la atmósfera emocional en la que se desenvuelve el político/a y el contexto es determinante. Las elecciones son un

ejercicio de representación, no necesariamente un examen de gestión ni de capacitación. Ganan quienes entienden y sintonizan, más que los que demuestran y abruman. Sentirse elegido no es lo mismo que ser elegido.

Hay que prestar más atención a los errores que empiezan en nuestras percepciones sesgadas. El prejuicio es un atajo del verdadero conocimiento y comprensión. Resuelve el dilema por la vía fácil, al tiempo que aleja de la otra realidad: la que no nos gusta.

La política se ha vuelto más compleja y, a la vez, más tribal. La identificación con el electorado —y con sus emociones, pasiones y aspiraciones— es la clave del éxito electoral.

Cuando crees que tienes la razón, quieres que te la den y te irrita que los electores no sucumban a tu superioridad moral. Ahí, en la displicente arrogancia, empieza el principio del fin.

Publicado en La Vanguardia, 1 de abril de 2021

El hiperliderazgo frente a la pandemia

La pandemia de la covid ha puesto a los hiperlíderes mundiales frente al espejo. Una situación de emergencia tiende a fortalecer los liderazgos y personalismos, sometiendo las costuras del estado de derecho a una presión añadida. En el caso de la COVID-19, y con la necesidad de limitar derechos y libertades para frenar su expansión, no fueron pocos los líderes que la aprovecharon para reforzar su poder o debilitar a la oposición.

Viktor Orbán, en Hungría, aprobó una ley para perpetuar el estado de alarma y que le permitía gobernar por decreto y encarcelar a aquellos que difundiesen desinformación (a ojos del gobierno). En Israel, Benjamin Netanyahu paralizó procesos judiciales en su contra e inició pro-

gramas de vigilancia ciudadana vía teléfonos móviles con el pretexto de controlar el coronavirus. Sebastián Piñera, en Chile, aprovechó el estallido de la pandemia para justificar la presencia del ejército en las calles, presente desde las protestas de los anteriores meses.

No obstante, la pandemia ha revalorizado la acción política y la gestión de lo público, más allá del liderazgo político. La necesidad de gobernar lo complejo coexiste con otros recursos de liderazgo prepandémicos, como las emociones o las políticas de identidad. De poco sirvió a Trump su retórica populista (evocando el «virus chino» o acusando a la Organización Mundial de la Salud de connivencia con este país) frente a los centenares de miles de muertos en Estados Unidos o a las consecuencias sociales de la pandemia. El fácil recurso a la polarización ha palidecido frente a la necesidad de unas políticas públicas complejas y robustas. Y se ha fortalecido el liderazgo que pone la preservación de la salud y de los servicios sociales en el centro de la acción política.

El hiperliderazgo, a diferencia de populismos y autoritarismos, remite a un uso personalista y carismático del poder político, pero no cuestiona la democracia ni pretende alterarla en sus ejes de legitimidad. Sin embargo, los

hiperlíderes proliferan en contextos de urgencia o de crisis estructural, precisamente cuando las disfuncionalidades operativas de los sistemas democráticos suponen un freno a la rapidez con la que se deben tomar las decisiones. Se presentan como superhéroes democráticos quienes, al sentir la presión a la que está sometido el sistema, adoptan métodos y maneras populistas, aunque sin sobrepasar los límites democráticos.

El hiperlíder vive también de la comunicación constante y directa con los votantes, enfatizando las bondades de la gestión personalista. Sin grandes mítines, grandes escenarios, sobreactuaciones en las instituciones y cámaras de representación o encuentros en persona con sus seguidores, ¿cómo han respondido los hiperlíderes a la pandemia?

En el Reino Unido, la valoración de Boris Johnson ha ido especialmente unida a su acción política y a la gestión del coronavirus. Antes de que la OMS declarara la covid como pandemia, el 48% de los británicos aprobaban su gestión, frente a los 38% que no. Su popularidad se disparó en abril de 2020 (66%) coincidiendo con su ingreso hospitalario, pero se derrumbó con el aumento de positivos y fallecidos y la confusión en las normas establecidas

(en octubre de 2020 Johnson recibía un 34% de aprobación, frente al 59% de suspenso).

A partir de diciembre, coincidiendo con el acuerdo de relación futura con la UE, Boris Johnson vio recompensada su gestión, con una valoración positiva de su estrategia frente al coronavirus, la conclusión de las negociaciones del Brexit y una actitud más comedida tras superar la enfermedad, reflejada en un cambio de estrategia de comunicación política basada en la asunción de su propia responsabilidad. La campaña de vacunación ha permitido a los tories volverse a poner por delante en las encuestas.

En Estados Unidos, una pésima gestión de la pandemia costó a Donald Trump la reelección en las presidenciales de noviembre. Hacía 28 años que un presidente en ejercicio, que normalmente parte con ventaja en las elecciones presidenciales, no era reelegido para un segundo mandato. Antes de la covid, Trump gozaba de un 50% de apoyo, más o menos el mismo que Obama antes de su reelección. El desempleo, que en febrero se encontraba en el 3,5%, escaló hasta el 14,8% en abril. Cuando la economía era el asunto más importante para los estadounidenses, Trump se encontraba relativamente cómodo en las encuestas, pero cuando la gestión de la pandemia pasó a ser el ele-

mento central de la elección, el 82% declaraba confiar más en Biden.

En Francia, la popularidad del presidente Emmanuel Macron también ha variado en función de la gestión del coronavirus. Declararse «en guerra» contra la covid le supuso pasar de un 29% de apoyo en febrero al 51% en abril. La confusión sobre el uso de mascarillas y tests hicieron descender su aprobación hasta el 36%, y se mantiene alrededor del 40% hoy, a pesar de los problemas con la campaña de vacunación. En vistas a las presidenciales de 2022, Macron y Le Pen empatan en un 25% de intención de voto.

El liderazgo femenino se ha beneficiado de una concepción de la política basada en la gestión de lo humano frente al protagonismo del hombre fuerte. Tradicionalmente, las tareas relacionadas con el bienestar o la salud, las guerras o la resolución de conflictos se han repartido de acuerdo con supuestas atribuciones de género. Sin embargo, la pandemia ha requerido que los hiperliderazgos hagan un balance de ambas cualidades, dejando paso a nuevas formas de liderar que mezclen atributos tradicionalmente masculinos o femeninos.

En sus inicios, Angela Merkel fue alabada por su capacidad de transmitir la gravedad de la situación a sus conciu-

dadanos. Poco después de imponer duras medidas restrictivas, el 72% de la población mostraba su apoyo al gobierno, y la CDU, el partido de Merkel, aumentaba 7 puntos en intención de voto. El 86% de la población se declaraba satisfecha con el trabajo de Merkel como canciller.

Sin embargo, la descoordinación entre el gobierno central y los länder hizo que la segunda ola de la pandemia golpeará con fuerza, sumado a la lentitud de la campaña de vacunación. El apoyo al gobierno se redujo drásticamente hasta el 49% a finales de enero del 2021. La popularidad de Merkel se ha resentido pero su aprobación sigue en el 75% y su partido sigue liderando las encuestas de cara a las elecciones federales, si bien con un descenso cada vez más pronunciado. El hiperliderazgo de Merkel difícilmente encontrará reemplazo en el nuevo líder del partido, Armin Laschet, ni en el candidato a la Cancillería (sea él mismo o el líder de la CSU, Markus Söder), cuando el país se dirija a las urnas el próximo septiembre.

En Nueva Zelanda, Jacina Ardern fue reelegida con una amplia victoria (49% de los sufragios) el pasado mes de octubre. Sus acciones para hacer frente a la covid se han apoyado en criterios científicos y se han beneficiado de su carácter empático y espontáneo, transmitido a través de

Facebook Live. Su rapidez en la toma de decisiones fue clave para evitar que el virus se expandiera. Nueva Zelanda impuso rápidamente el confinamiento, prohibió los vuelos con China antes de detectarse un solo caso en el país y cerró las fronteras a los no residentes en marzo. En abril, el 88% de la población decía confiar en las decisiones del gobierno. El sostén de las políticas de Ardern a la salud y a los medios económicos (lives and livelihoods) ha relegado a un segundo plano el dilema entre economía y salud, tan presente en otros países.

La valoración de los hiperlíderes ha ido ligada, en buena medida, a la gestión de la covid y a la acción política de sus gobiernos (o a la falta de ella), más que a su estatus de fortaleza previo a la pandemia. ¿Cuáles han sido las claves comunicativas?

En primer lugar, ha habido un cambio de actitud, de lo histriónico a lo cercano. Durante la pandemia, los líderes cambiaron su discurso enfatizando atributos como la calma, la honestidad, la transparencia o la naturalidad. El foco en la empatía, en compartir la vivencia sin precedentes que representaba el confinamiento con su ciudadanía, fue uno de los rasgos comunes en líderes como Macron, Ardern o Trudeau. Pequeñas acciones como la rueda de

prensa de Erna Solberg, primera ministra de Noruega, dirigida a los más pequeños, o la declaración del conejo de Pascua como trabajador esencial por parte de Jacinda Ardern son ejemplos de ello. El precedente de la pandemia puede dar paso a una tipología de líder que no se distinga necesariamente por su lenguaje histriónico, sino por ser más abierto, sincero, natural y humano.

En segundo lugar, ha habido un cambio de preferencias, del mitin a la gestión diaria. Las políticas de empleo, bienestar, protección y seguridad social han sido centrales en la acción política y se revaloriza la oferta de soluciones prácticas y tangibles por encima de discursos faltados de una oferta política profunda. Los nuevos liderazgos deberán seguir surfeando la vulnerabilidad y la incertidumbre, adaptándose y ofreciendo soluciones a su ciudadanía, también en el plano internacional, donde deberán fomentarse las dinámicas de cooperación con otros líderes, potencias e instituciones.

La pandemia de la covid marcará un antes y un después en muchos aspectos de nuestras sociedades y, en el campo del liderazgo, introducirá nuevas tendencias. El cambio de actitud, preferencias y jugadores en la comunicación política es una puerta abierta a la transparencia, la honestidad,

la empatía y la conquista de lo humano. Pero la pandemia también puede traducirse en nuevos populismos, como muestran la negativa inicial de ciertos hiperlíderes a aplicar medidas de contención, el refuerzo de prácticas autoritarias o las conspiraciones sobre la vacuna. Los hiperlíderes se encuentran, tras la pandemia, más cuestionados.

Publicado junto a Pol Morillas en *La Vanguardia*,
13 de abril de 2021

Biopolítica

Una de las críticas más extendidas en relación con la desconfianza de la ciudadanía respecto a la vida política radica en que, para muchas personas, esta se ha alejado de la vida cotidiana. «Los políticos hablan entre ellos, para ellos y de sus temas. No se les entiende y no hacen nada» se lee y se escucha en los *focus group* de todas las investigaciones demoscópicas y sociológicas. Como toda generalización, a mayor diámetro tenga, menor precisión —y ponderación— de la crítica. Pero hay algo cierto: muchos temas del *metro cuadrado* de la vida de las personas no tienen la prioridad que merecerían por parte de la agenda política. Atrapada esta entre la rivalidad competitiva y la propuesta superestructural, el día a día de las personas no está en la centralidad del debate.

En *Nacimiento de la Biopolítica* (Estética, ética y her-

menéutica. Paidós. Barcelona, 1999), Foucault define biopolítica como la «forma en que, a partir del siglo XVIII, se han intentado racionalizar los problemas que planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población. Se trata, ahora, de un ‘poder sobre la vida’».

La pandemia, con sus restricciones y alteraciones de la vieja normalidad, nos emplaza a pensar más en nuestra vida personal y comunitaria. Y, al mismo tiempo, a la crisis sanitaria, económica y social, se suma una nueva dimensión, como es la relacional. Estamos descubriendo lo que ya estaba y no veíamos: que la soledad o los desequilibrios psicológicos —incluyendo las enfermedades mentales— están cerca, muy cerca, de nosotros y afectan a millones de personas. Un apunte: según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE), más de 2 millones de personas viven solas en España. El 71% son mujeres y el 43% tiene más de 65 años.

Iñigo Errejón, el diputado de Más País en el Congreso, explora —en muchas de sus cuidadas y estudiadas intervenciones parlamentarias— un tipo de abordaje semántico fruto de otra mirada política más centrada en el valor de lo pequeño, de lo ignorado, de lo marginado. Esas ren-

dijas de dolor son auténticos pozos de preocupación, de prisiones de angustia, para las personas que las padecen. Esos sumideros del olvido social son los que la política debería iluminar y atender.

La biopolítica, en su acepción más cotidiana, puede ser una esperanza de regeneración de la política y una brújula para repensar una nueva cartografía de políticas públicas. La pandemia nos ha mostrado, con toda su crudeza, que los círculos concéntricos que empiezan en nuestro propio cuerpo, pasando por la familia, la casa, el barrio, la ciudad, el país... hasta llegar al planeta, están íntimamente interconectados. Hemos descubierto que el propio cuerpo es la síntesis de nuestra relación con el planeta y la comunidad.

Es el momento de volver a hablar de la vida, de lo íntimo y personal como la mejor manera de hablar del interés general y del bien común. Es la hora de la biopolítica.

Publicado en La Vanguardia, 15 de abril de 2021

La sociedad del cansancio

Todas las conversaciones acaban —y empiezan— igual: ¿Cuándo acabará todo esto, esta pesadilla? No estábamos preparados para la pandemia, ni tampoco para la resiliencia con la que debemos vivirla y vencerla. Nos ha desbordado su irrupción, su intensidad, su duración y su correosa resistencia a ser doblegada. Acostumbrados a que el ser humano dominaba la naturaleza de manera autoritaria —pero con costes dramáticos, como vemos en las consecuencias del cambio climático—, no hemos medido bien nuestra capacidad para enfrentarnos individual y colectivamente a un desafío global como el que representa la pandemia. Estamos sorprendidos, nos sentimos golpeados y cansados. Agotados.

En un artículo reciente, el pensador surcoreano Byung-Chul Han escribía: «En mi ensayo *La sociedad del cansan-*

cio, publicado por primera vez hace 10 años, describí la fatiga como una enfermedad de la sociedad neoliberal del rendimiento. Nos explotamos voluntaria y apasionadamente creyendo que nos estamos realizando. Lo que nos agota no es una coerción externa, sino el imperativo interior de tener que rendir cada vez más. Nos matamos a realizarnos y a optimizarnos, nos machacamos a base de rendir bien y de dar buena imagen.»

Este cansancio aumenta en nuestra *nueva normalidad* pandémica. Las videoconferencias no aportan la felicidad del contacto directo, desaparecen rituales y espacios comunes. Los problemas económicos y sociales, asociados a los sanitarios, nos reclaman un esfuerzo adicional sobre cuerpos y vidas que tienen ya una alta exigencia. La ansiedad por vencer, definitivamente, a esta pandemia desborda nuestras emociones y pone a prueba nuestra paciencia personal y colectiva. A las sociedades nerviosas, de las que habla William Davies, hay que sumar ahora las sociedades estresadas de insomnios y sueños frágiles. Estamos atrapados en un agotamiento que dejará consecuencias y huellas profundas en nuestra estabilidad psicológica, como así demuestran el incremento de todos los indicadores sanitarios —y en todas las edades y condiciones— de nuestra salud mental.

Este estrés agotador hace quebradiza y vulnerable nuestra atención: cada vez más caprichosa, breve y discontinua. Sin energía para prestar interés constante a los contenidos, a los problemas o a los retos cotidianos o estratégicos, nos transformamos en superficialmente exigentes e impacientes cognitivos. Las consecuencias en la vida política y en nuestra dimensión ciudadana son especialmente graves. El presentismo y la inmediatez de nuestros comportamientos reduce la política a un *fast food* de contenidos para alimentar el bucle agotador e impaciente en el que estamos instalados. Hay que tomarse un descanso, serenar el ambiente político para que, entre la señal y el ruido (parafraseando a Nate Silver), podamos establecer una dinámica política menos alterada y espasmódica que nos permita atender las señales serias y reducir, al máximo, el ruido ambiental.

Publicado en La Vanguardia, 29 de abril de 2021

Prejuicios y políticas

No hay votos cautivos: ni por edad, ni por territorio, ni por ideología, ni por sexo, ni —tampoco— por condición socioeconómica. Este es uno de los muchos aprendizajes que las últimas elecciones nos han ofrecido y que se confirma, otra vez, con la contundente victoria de Isabel Díaz Ayuso en la Comunidad de Madrid. Las apelaciones a la zona sur, a las personas trabajadoras, o a los valores antifascistas, por ejemplo, como si estos electores no tuvieran otra opción que votar a determinadas fuerzas políticas, ha fracasado como estímulo electoral.

Las personas no votan por quienes son, sino por sus intereses, anhelos, miedos, filias, fobias y sueños. No es la identidad cosificada, es la motivación de los intereses y su pegamento emocional. No se trata de targets, públicos objetivos o votos cautivos, se trata de personas en un contex-

to concreto: temporal, emocional, económico y político. ¡Ay, los contextos!

Muchos análisis se han apresurado a preguntarse cómo es posible que alguien, por tener determinadas condiciones, no vote —supuestamente— de acuerdo con estas, y canalice su identidad con unas opciones concretas y no otras. Entre preguntas incrédulas, sorpresas indignadas y debates arrogantes, muchos líderes y analistas políticos están transitando desde la perplejidad sincera a la búsqueda de explicaciones que justifiquen errores o soberbias. Pero lo cierto es que los prejuicios y apriorismos en política son los que, desde determinada superioridad moral, arrastran a los lúcidos a la negación y la torpeza. ¡Ay, los sesgos!

Un ejemplo. El sesgo sobre nuestros rivales nos impide entender sus razones. Douglas Ahler y Gaurav Sood (en 2018) realizaron una encuesta para identificar hasta qué punto la percepción de los partidos se ajustaba a los estereotipos. Conclusión: estamos muy equivocados al imaginarnos cómo son, realmente, nuestros rivales o adversarios. Los creemos tan distintos, nuestros sesgos sobredimensionan —hasta la caricatura— cómo pensamos que son nuestros opositores, que acabamos por confundirnos y equivocarnos de manera estrepitosa.

Así, estamos convencidos de que podemos explicar el voto conservador del centro derecha con la imagen estereotipada del barrio de Salamanca y a los votantes progresistas y de izquierdas con la de Vallecas, por ejemplo. Ya sabemos que no es así, que los electores no están cautivos, aunque no tengan, quizás, la libertad de cambiar sus destinos. Estos atajos, esta cosificación del electorado, nos impiden pensar en sus razones, motivaciones e intereses. Preferimos la seguridad del cliché a la comprensión que nace de la duda y de la verdadera observación de comportamientos y patrones. ¡Ay, los atajos!

Las elecciones han acabado y las urgencias aceleradas puede que impidan una reflexión más profunda sobre cómo podemos mejorar la comprensión de las motivaciones e intereses de los electores para así predecir mejor sus comportamientos. De momento lo hacemos al revés: predecimos sin querer comprender. ¡Ay, la arrogancia!

Publicado en La Vanguardia, 13 de mayo de 2021

Política y pereza

La pereza en política tiene consecuencias devastadoras: impide hacerse las preguntas adecuadas, inhibe la capacidad resolutive de las políticas públicas, cede ante la inercia acomodaticia y aplaza la reacción necesaria frente a los retos. Es decir, la molicie instalada en el puesto de mando.

En una entrevista reciente, Mariana Mazzucato (referencia global del pensamiento progresista actual) afirmaba: «La izquierda se ha vuelto perezosa. Debe centrarse en la creación de riqueza». La economista italiana, profesora de Economía de la Innovación y Valor Público en el University College de Londres (UCL) y directora fundadora del Instituto para la Innovación y el Objetivo Público, acaba de publicar un libro inspirador: *Misión economía. Una guía para cambiar el capitalismo*, en el cual aboga por un *reset* del capitalismo aplicando a los problemas actuales

«la imaginación, el espíritu, la audacia y los medios que nos llevaron a la Luna».

Mazzucato, con su metodología de retos y misiones posibles y en acción, propone un itinerario de cambios concretos, capaces de ser evaluados y que no renuncian a la ambición de resolver desafíos complejos. Para llegar lejos, pasos cortos continuados y horizontes audaces. Constancia y perseverancia, determinación y esfuerzos compartidos. Alianzas por el bien común, más allá del dirigismo del Estado o de las élites políticas. En definitiva, todo lo contrario a la pereza institucional que atrapa a la política en la desidia y la parálisis.

La política española, y la catalana, deben sacudirse la pereza que alimenta el «no hay alternativa» para resolver nuestros problemas políticos y económicos. Es hora de enterrar, definitivamente, el *There Is No Alternative* y su acrónimo TINA, popularizado por Margaret Thatcher en la década de los ochenta para entender al libre mercado y al capitalismo como necesarios e indiscutibles. Pues sí, hay que discutir y a fondo. El actual orden de las cosas ya no da más de sí. El *reset* es inevitable, como asumen hasta los más escépticos y cínicos, y promueven los líderes más audaces, comprometidos y responsables.

«En un tiempo como el nuestro, en el que la belleza queda restringida al cultivo de la imagen, no existe nada más revolucionario que invocar la belleza del pensamiento» escribe el filósofo Diego S. Garrocho. La política es hacerse las preguntas adecuadas. Pensar sin apriorismos, reiniciar procesos, avanzar con determinación. El populismo solo ofrece respuestas que no transforman, atajos y espejismos. Combatir la pereza es el primer objetivo.

Publicado en La Vanguardia, 27 de mayo de 2021

Amistades

La afinidad de los afectos y los vínculos amistosos determina más nuestro comportamiento electoral y político que nuestras visiones ideológicas. Pensamos lo que sentimos. Votamos por afinidades. Sentirnos aceptados por nuestras comunidades de proximidad o elección (entendiéndolas como ese lugar que nos acoge y donde nadie suele discrepar, si el resultado de ello es la soledad, y menos cambiar de opinión, si se nos aparta de ellas) es más transcendente que cualquier otra consideración. La tribu —la nuestra— se impone como vínculo definitivo. El combate tribal es la nueva civilización.

La polarización ha venido, tal vez, para quedarse. Según diferentes estudios, aumenta en todos los países, y de forma rápida. Por ejemplo, en Estados Unidos, el Pew Research Center ilustró el cambio en los valores políticos de

la ciudadanía estadounidense durante las últimas dos décadas, mediante un informe y un estudio infográfico, utilizando una escala de 10 preguntas formuladas en siete encuestas del propio centro desde 1994 a 2017. La proporción de estadounidenses con valores ideológicamente consistentes ha aumentado durante este tiempo. Más divididos que nunca.

Según el informe, las divisiones entre republicanos y demócratas sobre valores políticos fundamentales (gobierno, raza, inmigración, seguridad nacional, protección ambiental y otras áreas) alcanzaron niveles récord de diferencia durante la presidencia de Barack Obama. En el primer año de Donald Trump como presidente estas brechas se agrandaron aún más, y lo hicieron hasta el final de su mandato. En resumen, actualmente, la mayor diferencia entre estadounidenses es según el partido al que votan. Esa es la verdadera grieta.

Otro informe de 2020 del Pew Research Center indica que, en la actualidad, republicanos y demócratas depositan su confianza en dos entornos de medios de comunicación casi inversos. Así, la diferencia en la credibilidad de los medios es abismal.

Nadie confía en el medio *del otro*.

Una tercera fuente de preocupación son las amistades. Dos tercios de los demócratas tienen pocos o ningún amigo republicano. Lo mismo sucede entre republicanos. Las burbujas crecen: no entender, no comunicarse, no informarse, ni dialogar *con el otro*. El otro como distinto, rival, adversario y, finalmente, enemigo, se consolida como visión de la alteridad. Un deslizamiento perverso que nos debilita al degradar lo comunitario en tribal. Los que no son mis amigos acaban por ser mis enemigos. Amistades peligrosas.

Publicado en La Vanguardia, 3 de junio de 2021

Atención urgente

La fragilidad y vulnerabilidad de nuestra atención se ha convertido ya en un signo inequívoco de nuestros tiempos. Y no en una señal positiva, precisamente. Sometidos a estímulos constantes, vivimos atrapados en sociedades nerviosas que se mueven en la tensión central y crucial de nuestra cotidianeidad: el tiempo no puede crecer, pero la oferta de todo tipo de incentivos, en especial informativos, nos hace estar en constante agitación, dispersión y distracción.

James Williams, que trabajó en Google durante una década y dejó su puesto como estratega para estudiar filosofía y ética en Oxford, afirmaba en una entrevista reciente: «La libertad de expresión no tiene sentido sin libertad de atención». Williams, que ahora es una de las voces más críticas con las grandes tecnológicas y las conoce muy bien

al haber sido protagonista profesional de su crecimiento, confirma cuánto nos corroe y carcome la dispersión. La capacidad de comunicarnos es condición necesaria, pero no suficiente, para comprender y entender lo que comunicamos o lo que consumimos. La sociedad dispersa alimenta la falta de foco paciente en los temas y en los interlocutores. De ahí al nihilismo o al cinismo hay un paso pequeño y rápido.

¿Por qué es tan importante enseñar a los niños y niñas a prestar atención? ¿Por qué, sin atención, las sociedades democráticas se vuelven caprichosas y vulnerables? El reconocido psicólogo Daniel Goleman lo expresa con precisión: «Saber concentrarse es más decisivo para un niño que su coeficiente intelectual». La atención es la base del aprendizaje. También de la cultura democrática.

La economía de la atención es un concepto que se ha extendido en nuestra sociedad para explicar que los consumos —de todo tipo— se rigen por la capacidad ordenada, sistemática y precisa de estimular y satisfacer el deseo, y no la necesidad, como motor de la sociedad de consumo. *La democracia de la atención* sería la traslación perversa de este principio para convertir la provocación en el motor de la cultura democrática, en lugar de la información veraz, el debate ponderado y la deliberación formada.

Albert Camus, en *El hombre rebelde*, ya advertía que «la capacidad de atención del hombre es limitada y debe ser constantemente espoleada por la provocación». Si la provocación es más rentable electoralmente, por ejemplo, que la reflexión o la evaluación, el resultado es una cultura política sometida al estrés del ruido ensordecedor de la bravata ofensiva, del insulto o de la hostilidad.

Publicado en La Vanguardia, 10 de junio de 2021

El poder de la inercia

Parar cuesta mucho. Muchísimo. El miedo a no saber cómo replantear un camino iniciado nos arrastra a permanecer en él, aunque sea sin sentido o sin horizonte. El coraje es, a veces, detenerse, en lugar de seguir avanzando. La inercia en política, como la pereza, destruye la voluntad autónoma, activa el piloto automático, pero sin control del volante. El GPS de la inercia decide y determina la trayectoria. El destino —la meta— es sustituido por la ruta, por la marcha, simplemente.

El poder de la inercia impide evaluar, recalcular... cambiar, si es necesario. En política, en la comunicación política —y en la vida—, romper el determinismo de lo programado por pura decantación es un objetivo transformador. Frente al poder de la inercia, el poder de la voluntad y de la determinación. «La inercia es lo que hace que

intentemos resolver los problemas de hoy con fórmulas de ayer: lo que tenemos que hacer es reinventar el futuro» escribió Federico Mayor Zaragoza, ex director general de la Unesco.

La inercia pasiva es pura decadencia. Un acomodo vulgar para la inacción y la resignación. Por el contrario, la inercia activa, aquella que renuncia a la responsabilidad y al coraje de cambiar, puede ser peligrosa y cómplice. Sin cambiar de velocidad, ruta, vehículo o destino, corremos el peligro de no llegar a tiempo para resolver muchos retos inaplazables. Hace pocos días, y previo a su encuentro con los líderes del G7, António Guterres, secretario general de la ONU, advertía —por enésima vez— sobre la emergencia climática y el momento clave en el que nos encontramos. «Nos aproximamos a un punto sin retorno».

A nivel local, en nuestro entorno más inmediato, otra alerta más estructurada y propositiva, ha dejado un documento que merece ser leído, analizado y asumido. Me refiero a «Catalunya 2022. Reset. Llamamiento para reactivar el país», fruto de la labor del Grup de Treball Catalunya 2022, que ha presentado un plan de acción para reactivar el país después de la pandemia, incorporando las aportaciones de ámbitos y disciplinas muy diferentes y que busca

sumar el compromiso de la sociedad civil en la definición de políticas orientadas a garantizar la competitividad y el desarrollo de Catalunya en los futuros escenarios posco-vid. Nada será un «continuará». La nueva normalidad no puede ser la antigua inercia.

Cambiar es un desafío. Cuando dejas de pedalear, caes de la bicicleta, cierto. Pero seguir en marcha, por un camino sin salida, es un placebo que no nos podemos permitir.

Publicado en La Vanguardia, 17 de junio de 2021

Democracia ausente

El domingo pasado, 48 millones de franceses estaban llamados a las urnas para votar en la primera vuelta de las elecciones regionales. El 68% de la población que podría votar no ejerció ese derecho. Extraordinario. Hace unas semanas, también en las elecciones regionales de Chile, la cifra de abstención aún fue más espectacular: el 80% no acudió a las urnas.

La participación política ha ido disminuyendo lentamente, pero estas cifras son ya históricas. ¿Algo está ocurriendo? Hay numerosos análisis que hablan de desafección, enfado, malestar, desapego, pérdida de esperanza en cambiar nada. Y tal vez todas hayan confluído y se hayan sumado a la sencilla razón de que hay una pandemia mundial, sí, pero ¿eso lo explicaría todo?

Un reciente estudio aparecido en Francia, de Dominique Reynié en la Fundación para la Innovación Política (un think tank de centroderecha, de tendencia liberal, fundado en 2004), hablaba de la posibilidad de una lenta desaparición —o blanda irrelevancia— de la democracia por la falta de interés de la mayoría de la ciudadanía. Desaparición, molicie institucionalizada o decadencia autocrática. Esa hipótesis —cada vez menos distópica— tiene que ver con la idea de que la baja participación, provocada por la desafección, puede convertirse en apoyo a partidos populistas de extrema derecha, especialmente, que crecen en contextos de democracia fatigada. A ello, hay que añadir que el debate sobre una democracia de los algoritmos está emergiendo también con fuerza entre la opinión pública. La pulsión autocrática y tecnocrática a la democracia liberal como la conocemos está ganando espacio. La democracia activa y presente puede derivar en una democracia ausente, protagonizada por todo tipo de populismos y radicalismos con ribetes tecnocráticos.

Volviendo al estudio de Reynié, basado en una encuesta nacional de abril de 2021, más de la mitad (55%) de las personas preguntadas respondieron que, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2022, podrían votar por un candidato/a que no sea de un partido políti-

co. Es ahí donde, también, el *populismo outsider* puede tener su oportunidad. Los partidos políticos siguen perdiendo crédito y confianza como instrumentos para la política democrática. La democracia empieza a ser irrelevante, por ejemplo, para uno de cada cuatro latinoamericanos a quienes les resulta indiferente que su régimen político sea autoritario o democrático. Primero desafección, después indiferencia, finalmente ausencia. Atención.

Publicado en La Vanguardia, 24 de junio de 2021

Reivindicar la moderación

La moderación es paradójica: proclamarla resulta virtuoso, pero practicarla es más difícil y no siempre tiene réditos, especialmente, en política. Nuestras sociedades democráticas transitan en una pugna por el posicionamiento que otorga poder. La ocupación —casi física— del debate público transforma las palabras en piedras arrojadizas, en murallas defensivas. Pocos liderazgos confían en los puentes, a pesar del buen nombre (¿seguro?) que tiene la moderación en la construcción de opinión e imagen pública.

Recientemente se presentaba la iniciativa *Radicalmente moderados*, a patir de una petición en la plataforma Change. Las mentes radicales que abanderan la propuesta tienen la osadía de defender una alianza política «por la necesidad de acuerdos esenciales para la modernización del

Estado». El motivo que impulsa a los firmantes de la declaración es la inquietud que les suscita la deriva frentista y polarizada de la vida política nacional.

La política en España está en una intensa fase confrontativa. Las etapas competitivas son incesantes. No hay tregua, no hay descanso. Hemos sido convocados a las urnas en varios procesos electorales. No hay incentivos, ni tiempo, para las estrategias moderadas que exploren acuerdos de Estado y otros menos solemnes, aunque igual de necesarios para la vida cotidiana de la sociedad española.

Por eso, las llamadas a la moderación del lenguaje, primero, y del debate, después, deben ser aplaudidas y apoyadas. Pero para que la moderación, más allá de virtuosa, sea rentable electoral y políticamente, necesita un compromiso de la ciudadanía. Exigir moderación, pactos y acuerdos a nuestros representantes mientras jaleamos en las redes, en el bar, o en WhatsApp las respuestas más viscerales y el trazo grueso es de un cinismo irresponsable.

Es cierto que los líderes deben abrir camino, con su ejemplo y con su visión, pero también es cierto que la moderación necesita incentivos. Y el más importante es que no sea penalizada para quien la practica y la defiende como norma de comportamiento político. Reivindicar la

moderación, exigirla, valorarla como necesaria y conveniente requiere de complicidades por parte de la ciudadanía, incompatibles con la micropolarización cotidiana. Las virtudes públicas colectivas se promueven con virtudes individuales.

Publicado en La Vanguardia, 22 de julio de 2021

‘Gap’ de percepción

Hace un par de años, el estudio *The Perception Gap* de la organización More in Common se propuso comprender cómo se perciben entre sí los estadounidenses de partidos políticos opuestos. Los hallazgos evidenciaron que ambos tienden a tener una idea muy distorsionada de lo que piensa el otro. Los demócratas, por ejemplo, percibían que el racismo no era un problema para los votantes republicanos. Sin embargo, cuando se les preguntaba directamente a los republicanos, estos afirmaban que sí lo era.

El primer estudio español sobre brechas de percepción realizada por el CEMOP de la Universidad de Murcia, arrojó que, por ejemplo, los electores de izquierdas ven a los de derecha más extremos de lo que estos dicen ser.

A este comportamiento la Ciencia Política lo llama polarización afectiva: las personas que se identifican o simpatizan con partidos de izquierdas o de derechas tienden a percibir negativamente a los partidarios del otro bloque ideológico. Convierte al adversario en enemigo, al discrepante en un peligro y al disidente en un traidor. A la par, implica un sentimiento de pertenencia o adhesión, de forma casi tribal, a un espacio o formación política. Es decir, no tiene en cuenta solo la dimensión ideológica, también incluye cuestiones identitarias y emocionales. Somos tribus.

La polarización política y social es la gran culpable de este fenómeno, pero no la única causa. También tiene su cuota de responsabilidad un tipo de sesgo cognitivo que confunde percepción con realidad y nos hace sobredimensionar aquello que nos diferencia del *otro*. Vemos lo que queremos ver. Este sesgo de percepción reduce al adversario hasta el estereotipo. Los apriorismos, prejuicios o ideas preconcebidas juegan un rol cada vez más protagónico en la mente de las personas. No dejamos tiempo para la duda, para la reflexión y tampoco para la escucha. Una sociedad emocional, guiada por sus (falsas) percepciones, agudizará el deterioro de la convivencia democrática.

Este fenómeno de las «brechas de percepción», sin embargo, tiene una lectura positiva, que es que, en realidad, no somos tan diferentes como creemos, aunque no queramos reconocerlo o saberlo. Admitir que somos muy parecidos y que tenemos más ideas compartidas de las que creemos es el primer paso para la construcción del interés general.

Publicado en La Vanguardia, 29 de julio de 2021

Sistema roto

La mayoría de los ciudadanos de los 25 países encuestados por Ipsos, en su plataforma en línea Global Advisor, expresan sentimientos de alienación y desafección personal y colectiva cuando piensan en su país. La falta de confianza en el sistema democrático y la arquitectura institucional es profunda y transversal. La encuesta reciente, con más de 19.000 adultos, encuentra percepciones de un sistema político y económico quebrado. Un sistema roto que prevalece en la mayoría de los países, a menudo acompañado de sentimientos populistas y anti-élite, y puntos de vista nativistas (xenófobos) y ultranacionalistas.

En promedio, el 56% está de acuerdo en que la sociedad de su país está rota y el 57% está de acuerdo en que su país está en declive. Para comprender completamente la

relevancia de la desafección social y política, Ipsos diseñó el índice *El sistema está roto*, basado en el nivel de acuerdo con cinco afirmaciones:

- «La economía está amañada para favorecer a los ricos y poderosos» (un promedio de 71% está de acuerdo en los 25 países encuestados),
- «A los partidos y políticos tradicionales no les importa la gente ‘como yo’» (68%),
- «Los expertos locales no comprenden la vida de personas ‘como yo’» (65%),
- El país «necesita un líder fuerte para recuperar el país de los ricos y poderosos» (64%), y
- «Para arreglar el país necesitamos un líder fuerte dispuesto a romper las reglas» (44%).

Ipsos también descubrió que este índice está altamente correlacionado con el *índice de progreso social*, un indicador basado en resultados de qué tan bien se satisfacen las necesidades sociales y ambientales de los ciudadanos, y el *índice de percepción de la corrupción de* Transparencia Internacional.

Los cuatro países con los niveles más altos se encuentran todos en América Latina: Colombia, Perú, Brasil y Chile. En Argentina, el 68% de los encuestados señalan

que el país está atravesando un declive. Este porcentaje la coloca entre los países que peor perciben la situación actual de su propia nación, junto con Chile, Brasil y Sudáfrica.

En este contexto, la presencia de *outsiders* en toda la región no sorprende y no para de crecer. Los datos de las encuestas muestran un descontento generalizado con la política en general que afecta —incluso— a la confianza en el propio sistema democrático. Las encuestas electorales muestran que crecen las opciones como «voto en blanco», «no sabe» o «no voy a votar», como afirma el colectivo *Abro Hilo*: «hay una percepción negativa tanto en retrospectiva como a futuro, por lo que ninguna fuerza terminar de canalizar ese descontento».

La ruptura generacional: el caso chileno

Chile está resolviendo esta grieta de un *sistema roto* con un recambio generacional profundo en casi todos sus niveles políticos. En las primarias presidenciales de julio de este año, salieron electos dos candidatos menores de 45 años, Gabriel Boric (35) y Sebastián Sichel (44). Es la primera vez en la historia de la democracia chilena que hay candidatos a la presidencia que aún no habían nacido

cuando se produjo el golpe de Estado de Augusto Pinochet en 1973.

En las elecciones constituyentes de mayo, la edad promedio de los constituyentes electos fue de 44 años, una nueva generación política que hoy está redactando una nueva Constitución para el país. En las elecciones municipales, también de este año, hubo una fuerte irrupción de una nueva generación de izquierda. Entre los 13 alcaldes elegidos por el bloque Frente Amplio la media fue de 34 años. Los electores hoy también son más jóvenes. Tanto en el plebiscito de 2020 como en las primarias presidenciales los electores menores de 50 años dispararon su tasa de participación y renovaron el padrón electoral del país.

Pareciera ser que Chile, finalmente, está dejando atrás el orden político que predominó desde el retorno a la democracia en los noventa y que hoy está tomando mayor fuerza la renovación de sus fuerzas políticas, con la irrupción de líderes jóvenes y sin ataduras con el pasado que provocan tsunamis en el sistema de partidos y en la configuración de bloques.

Deterioro profundo

América Latina se enfrenta a un deterioro de todos los indicadores socioeconómicos. La inestabilidad sobreviniente a la pandemia crece como preocupación de los organismos multilaterales globales y de la región.

1. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) describe el incremento del malestar social a partir de la pandemia, especialmente en los sectores medios. El mismo, no solo viene de la mano de la mano de la desigualdad y los problemas económicos, también revela que las preocupaciones más urgentes de la ciudadanía (seguridad, gobernanza y servicios públicos) están muy por debajo de sus expectativas. Declive de la confianza interpersonal, surgimiento e intensificación de las llamadas guerras culturales como evidencia de atomización y polarización social, disminución de la confianza en los gobiernos, caída de la participación electoral y descontento social son otros de los varios fenómenos que describe el documento.

2. El Fondo Monetario Internacional (FMI) advierte que una nueva ola de malestar podría afectar la recuperación poscovid. En un nuevo documento de trabajo advierte que el malestar social impacta sobre el PIB, impulsado

por fuertes contracciones en la manufactura y los servicios y el consumo. Los hallazgos también sugieren que el malestar social afecta la actividad al reducir la confianza y aumentar la incertidumbre. Previamente, el organismo había publicado otros documentos acerca de la relación directa entre las pandemias y la tensión social posterior y sobre la relación directa entre altos niveles de desigualdad y el malestar social sobreviniente a las pandemias.

3. El Banco Mundial (BM) afirma que la pandemia empujó el año pasado a 4,7 millones de personas de la clase media a la vulnerabilidad o la pobreza en América Latina y el Caribe, posiblemente revirtiendo décadas de avances sociales, de acuerdo con un nuevo informe del Banco Mundial (la clase media pasó de representar el 38 % del total de la población al 35 % en 2020 frente a 2019). Los países más afectados por la caída de la clase media fueron Panamá (-12 p.p.), Chile (-10 p.p.), Argentina y República Dominicana (-7 p.p.).

4. CEPAL advierte, también, que con la pandemia las brechas estructurales aumentaron: desigualdad, pobreza, brechas de género, informalidad, baja productividad y fragmentación de los sistemas de protección social y salud. También la vulnerabilidad de los estratos de ingresos

medios y el impacto en el empleo femenino, juvenil e informal.

La encrucijada latinoamericana

Todos estos informes confirman la explosiva conjunción de elementos desestabilizadores con el perímetro de crisis económica, social y política en un escenario pospandemia. La región se enfrenta a una encrucijada grave a la que la política democrática debe ofrecer soluciones y canalizar un estado de ánimo desesperanzado, sin confianza en el futuro. Un futuro que ha dejado de ser un espacio seguro, prometedor y superador.

Mientras la política busca soluciones para un sistema roto, el legado de la pandemia estimulará nuevas protestas en América Latina. El aumento de la desigualdad económica se ha sumado al descontento generalizado. La pandemia sociopolítica puede ser devastadora. La democracia en un quiebre, con un sistema roto, y con la protesta, para muchos sectores, como vehículo más confiable que el voto. Como decía Sófocles, «cuando las horas decisivas han pasado, es inútil correr para alcanzarlas». Pues eso: horas decisivas. Luego será tarde, muy tarde.

El poder de la nostalgia

Un estudio de la Fundación Bertelsmann del 2019 (antes de la pandemia) documentaba que en Europa la mayoría de la ciudadanía presenta un sesgo reaccionario por nostalgia del mundo anterior. La nostalgia es un sentimiento que se dispara con el miedo, la ansiedad y el malhumor.

De las conclusiones de *El Poder del Pasado*, así se titulaba el informe, destacaban que casi el 70 % de los encuestados piensan que el mundo era mejor antes. La nostalgia no tiene memoria real, solo ensoñación. Casi un 80 % piensan que los inmigrantes no quieren encajar en la sociedad y más de la mitad consideran que estos ocupan los puestos de trabajo que no les corresponden. La nostalgia no tiene razones y argumentos, pero sí sentimientos que son reales, aunque no sean racionales. «Pocas

cosas engañan más que los recuerdos», escribió Carlos Ruiz Zafón.

Esto era antes de la pandemia. ¿Y ahora? ¿Cómo será el poder del pasado combinado con la desconfianza del presente y el miedo al futuro? El desgaste emocional de la pandemia es evidente. Según el último Índice de Experiencia Negativa de Gallup, que rastrea los sentimientos de preocupación, estrés, dolor físico, tristeza e ira en 115 países, el año 2020 fue el más estresante de la historia reciente. Según el informe, el 40 % de la población de todo el mundo sufrió estrés durante gran parte del año anterior. Todavía es pronto para poder hacer un balance las consecuencias sociales y colectivas de este profundo desgarramiento individual. Pero parece evidente que, a la vulnerabilidad sanitaria, junto con la social y económica asociadas a la pandemia, hay que añadir la vulnerabilidad y fragilidad emocional.

Numerosos estudios se han nutrido de la Ciencia Política, la Sociología, la Psicología Social y la Neurociencia para indagar sobre el papel de las emociones en la pandemia y qué cambios pueden generar en las actitudes políticas de la ciudadanía, o qué relación tienen estas sensaciones con fenómenos políticos actuales como el populismo

y la crisis de representación. Entender la irrupción de las emociones en la política y cómo han sido catalizadas por la pandemia creo que es hoy más relevante que medir opiniones.

No hay certezas en el presente y el futuro no parece ser un lugar esperanzador. No sabemos realmente cuándo terminará la pandemia y, tampoco, cómo serán —con certeza— los escenarios poscoronavirus. La incertidumbre se desliza, estresada e inquieta, hacia un miedo paralizante y desconfiado. Un miedo interior. Como señala Marta Nussbaum, «el miedo tiende a bloquear la deliberación racional, envenena la esperanza e impide la cooperación constructiva de un futuro mejor». La política democrática se enfrenta a una sociedad nostálgica de previsibilidades, incluidas hasta las más injustas. Esta necesidad de seguridad triste es profunda y la pandemia la agudiza. La batalla política por la alegría confiada es la primera tarea democrática del momento. Si gana la tristeza, no hay futuro.

Publicado en La Vanguardia, 5 de agosto de 2021

El síndrome de la fatiga informativa

En 1996, el psicólogo clínico David Lewis acuñó un concepto que, veinticinco años después, no solo no ha quedado obsoleto, sino que tiene más incidencia que nunca: el «síndrome de la fatiga informativa» (SFI). Lewis observaba, entre sus pacientes, un ligero aumento de la ansiedad, un déficit de atención y una caída de la capacidad analítica. Un diagnóstico que perfectamente podría ser de estos tiempos y con el que muchos podríamos sentirnos identificados.

Sucede que, en solo un minuto se envían casi 200 millones de mails, se comparten 695 mil historias en Instagram y se suben 500 horas de vídeo a YouTube. Y estos son tan solo algunos datos... Hay un enorme exceso de oferta. La cantidad de información que circula en Internet

aumenta de manera exponencial, año a año, minuto a minuto, pero el tiempo disponible es y será siempre el mismo. Esta paradoja irresoluble convierte a la atención en el bien escaso por excelencia y en aquello por la que marcas, medios, instituciones y políticos compiten, como bien observa Tim Wu en su libro *Comerciantes de atención*.

Vivimos en un mundo pantallizado, que nos interrumpe constantemente, que ocupa nuestras vidas y nos obliga a recibir innumerables informaciones que casi no nos da tiempo de reflexionar, de digerir. Ante tanta información, desde tantas pantallas y en cualquier momento, nuestro cerebro no puede entenderlo todo, por lo que la mayoría de la información que recibe es para consumo inmediato, superficial. «El exceso de información atrofia el pensamiento, la capacidad de distinguir lo esencial de lo no esencial», apuntaba hace ya algunos años el filósofo surcoreano Byung-Chul Han.

En este contexto de saturación informativa (llamada también «infoxicación»), los ciudadanos están más expuestos a la desinformación y son mucho más vulnerables ante bulos, noticias falsas y teorías conspirativas. La aceleración entorpece el proceso de reflexión —que tiene otros tiempos— y aumenta el costo de las verificaciones y se-

gundas lecturas. El exceso de información también contribuye al fenómeno de las «burbujas informativas», que aparecen como refugios confortables y seguros. La tentación de lo conocido.

¿Cómo comunicar en este contexto? ¿Cómo ser recordado en este maremágnum de información? La palabra «recordar», que viene del latín «recordari», formada por «re» (de nuevo) y «cordis» (corazón), quiere decir, entonces, volver a pasar por el corazón. Nuestra memoria no garantiza el recuerdo si no hay emociones involucradas. Nos quedamos con aquello que sentimos, con aquello que nos generó algún tipo de emoción, ya sea positiva o negativa. Un territorio fértil para la exaltación y la provocación. Hoy, comunicar no es difundir ni informar. Comunicar es gestionar emociones. Ahí está el desafío y las oportunidades para que nuestro mensaje no sea meramente un contenido efímero.

Publicado en La Vanguardia, 12 de agosto de 2021

La desinhibición

Hace casi 20 años, John Suler, profesor de psicología en la Universidad Rider y experto en comportamiento humano en los entornos digitales, escribió un poderoso artículo: *The online disinhibition effect (El efecto de desinhibición en línea)*. Un concepto que puede ayudarnos a entender el crecimiento de la polarización en nuestra sociedad.

Suler afirma que algunas personas, cuando están conectadas en línea, modifican sus conductas actuando con más frecuencia o intensidad de lo que harían en persona. También modifican su registro de valores y sus autocontenciones, propias de la educación o las normas socialmente establecidas. Hay seis factores que definen especialmente este comportamiento: el anonimato disociativo, la invisibilidad, la asincronicidad, la introyección solipsista

(interpretar los mensajes bajo las propias esperanzas o miedos), la imaginación disociativa y la minimización de la autoridad.

La conversación digital permite unos niveles de desinhibición que acaban por proyectar más que el yo verdadero, un yo distinto, alternativo; una máscara. Una personalidad capaz de ir más allá de lo permitido, tolerado o aceptado. Un yo en busca de una mayor identidad; más fuerte, más poderosa, a través de una radicalidad o audacia amparadas en el anonimato o en el juego de roles múltiples y personalidades alternativas que las diferentes redes permiten.

En palabras del libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?* de Pablo Stefanoni, «este concepto viene a explicar la mayor propensión a romper las «normas sociales» cuando un individuo se encuentra en un entorno *online*, más que en uno *offline*, debido a que algunos «disocian» la realidad física de la virtual. Así, «esta lógica de la impunidad ante la reprobación social ha sido un elemento muy importante en el proceso de radicalización».

Paradójicamente, la cultura digital —a pesar de su naturaleza global—, también ha agudizado nuestra asignación a tribus (para la sociología), targets (para la política),

segmentos y perfiles (para el marketing) que nos encasillan y cosifican con una enorme facilidad. La eficacia de los algoritmos para suministrarnos entornos de placebo emocional y burbujas de autorreferencia provoca la gran contradicción: nuestro mundo se hace cada vez más pequeño —aislado, fragmentado, agrietado— mientras aumenta la conectividad global sin límite y la constatación inequívoca de que el futuro de la humanidad será global o no será.

El presidente francés Emmanuel Macron ha alertado recientemente que «la lógica interseccional lo fractura todo» porque «devuelve a cada uno a su propia identidad. Estoy en el lado universalista. No me reconozco en una lucha que remite a cada uno a su identidad o a su particularismo», sostiene en una entrevista a la revista *Elle*.

La desinhibición de la que habla Suler es un falso espejismo de libertad e identidad. Es un onanismo intelectual que nos hace soñar lo que no somos, proyectándonos en un yo superlativo o tribal incapaz de pensamiento lateral, relacional y causal.

Publicado en La Vanguardia, 18 de agosto de 2021

Palabras poderosas

Todo empieza con las palabras. Con ellas damos sentido, contexto, intención. Son conocimiento y sentimiento. Somos palabras, sin ellas no seríamos seres humanos. Con el lenguaje, construimos nuestro mundo y la manera en la que nos relacionamos. Formas y fondo se funden de nuevo. Las palabras tienen el poder de evocar el plano consciente e inconsciente, de asociarse a imágenes, recuerdos y experiencias.

Gianni Rodari, escritor, pedagogo y periodista italiano, hablaba de las palabras como elementos poderosos que provocan reacciones en cadena. Rodari referenciaba de este modo el efecto que causa la palabra y la implicación de la mente en el proceso de otorgarle significado: «Una palabra, lanzada a la mente por azar, produce ondas de superficie y de profundidad. Provoca una serie infinita

de reacciones en cadena, atrayendo en su caída sonidos e imágenes, analogías y recuerdos, significados y sueños, en un movimiento que interesa a la experiencia y a la memoria, a la fantasía y al inconsciente».

El diccionario de la Real Academia de la Lengua (RAE) contiene 93.000 palabras —de las que conocemos, de media, no más de 30.000, usando de forma habitual únicamente unas 2.000— y se estima, además, que más de un 30% de las que utilizamos no aparecen en el diccionario. El ansia por seguir ampliando nuestra esfera referencial es insaciable: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», escribió el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein. De hecho, existen diccionarios online de palabras inventadas y numerosos recursos que nos invitan a ello, con fórmulas muy diversas: desde fusionar dos palabras, a adaptar palabras tomadas de otros idiomas, acrónimos convertidos en sustantivos, modismos de toda índole.

Pero de entre todas las palabras, las palabras poderosas, son las que cambian nuestra manera de ver el mundo y nos transforman. Las que evocan momentos y recuerdos vitales de gran significado. Un ejemplo de ello son los cursos de graduación. Las personas que acaban sus estudios y asisten al ritual de la entrega de diplomas esperan,

siempre, con mucha expectación las sabias palabras de quienes apadrinan la promoción. Discursos memorables como los de Steve Jobs, J. K. Rowling, Ellen Degeneres, Michelle Obama o Paxton Smith, la estudiante que se saltó el guión para criticar la nueva ley contra el aborto de Texas hace unos meses, son algunos ejemplos.

La política son palabras. Son el espíritu de la democracia y con ellas se construye el interés general, el bien común. «Si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento», decía George Orwell. Por eso, cuidar la democracia es cuidar el lenguaje. No todo vale. Su degradación es la decadencia colectiva.

Son muchos los discursos que han marcado nuestra historia y que han trascendido al paso del tiempo, con palabras poderosas que marcaron una época y que continúan manteniendo vigente su significado.

Publicado en La Vanguardia, 26 de agosto de 2021

«Este libro presenta una muy buena combinación de diagnósticos sobre los problemas que corroen las democracias contemporáneas. Y, al mismo tiempo, ofrece pistas que reseguir para conseguir revigorizarlas, explorando y reforzando nuevas pautas de emancipación individual y colectiva, que es, en el fondo, el gran objetivo de la democracia como sistema de organización colectiva.»

Joan Subirats
(del prólogo *Política como protección,*
política como conflicto, política como emoción)

Catedrático de Ciencia Política de la UAB